

Poemas de Jorge Enrique Adoum (Ecuador, 1926)
Este es de esos poetas que uno agradece encontrar

De Ecuador Amargo (1949)

El desvelo y las noticias

En mitad de la noche despierto
y me levanto como para vestirme,
como para llorar o para ver si duermes
lateral y desnuda.

Pero es cierto:
Ya no tengo tu voz saliendo
debajo de mi boca, ya no tropiezo
con tus tristes zapatos las mañanas,
ya sólo yo, yo solamente y solitario
en los almuerzos y en el hambre,
visitante extranjero de costumbres
que se me habían ido como una
edad, yo nuevamente familiar y ajeno.

Pequeña lastimada, tú
desempleada, tú compañera,
todo el día en los climas de la ira:
cada sábana me hiere todavía
tu cadera, y me duelen
él, ellos, los compañeros
buscados, los espesos escondidos,
los cadáveres compañeros. Cómo
no iban a dolerme si hay tanta
agua que no puedo sobornar, pasaportes,
gobiernos que nos odian, y sobre todo
esta pobreza guardiana,
portera, tutelar.

Cuando en la lluvia, cuando
en mi taza de café me quedo,
cuando en mi ropa, y el sueño
a ti sola te circunda,
y yo no sé nada de ti, como
si nunca hubiérate esperado
en una esquina o una cama,
y me pregunta “¿qué sabes
de tu compañera?”, callo,
pienso en velorios, en trenes
que no paran hasta el norte,
ya me parece sombras, ya
me parece lloro, ya cuchillos

en los que Pepe, Antonio, Angélica
o Elías o cualquier hermano
me escribiera: “Tu compañera
fue herida ayer. Tu compañera
fue asesinada el lunes. Fue desterrada
al sur tu compañera, a las islas
que el mar rechaza de la costa.
No está tu compañera”

¿No está mi compañera? ¿Y todo
porque tenía la costumbre
de vivir, porque acostumbra
defenderles el vientre a las mujeres,
los huesos a los trabajadores
y a los niños sus tinteros?
Todo porque vas, madrugada
a madrugada, a las paredes
de la ciudad, dejando allí
tu porción de patria y voluntad,
tu nombre fácil, tu nombre
Rojas, hasta abajo
del pueblo.

Y entonces no pregunto
a nadie por ti, ni a ti,
ni al corazón con su ronca
campana intermitente. Pero odio
de nuevo, y otra vez amo mi odio
adherido, como una araña húmeda,
a la pared del alma: ya no por sucias
mariposas mi temblor y mi asco:
es por los escuadrones, por la aritmética
de su formación para el destrozo;
ya no a las hinchadas cucarachas
alineadas mi puntapié de naufrago:
pero a la dentadura policia,
pero al próximo cadáver, necesario,
presidencial, agrietado, escogido
entre sus desventurados almirantes.

Y te espero.
En estos meses largos,
del 1 al 30, y aún más, al 31,
cada tarde busco tu carta
que no llega, como el sueño
a veces, busco trabajo, busco
una pieza, miro el mar
con su pobre vecindario de alas
y de mástiles, pregunto
cuánto cuestan las cosas

que nos faltan: una hamaca,
diez minutos sin zozobra,
un plato nada más y dos cucharas,
y esa venganza que me golpea adentro
como te golpearía el hijo a estas horas.
En mi cama suelo pensar: yo reconozco
que es vegetal tu resistencia, y tu destreza
para entrar en mí, definitivamente,
como en tu dormitorio.

Pero de pronto,
otra vez tengo miedo y me levanto,
y otra vez el odio gotea al esqueleto
su ácido común, recibo tuestas
la noticia, indago por tu cuerpo
que antes estaba dentro de tu nombre,
y no está, como Joaquín (sólo sus botas
debajo de su cama, sólo su saco
esperándolo cuatro meses en la puerta).
Como él, sigues siendo una noticia
no confirmada aún por el encuentro,
y la esperada, ah separada,
ah la que templó mi verso
y mi cerveza, la que alabé en mi canto
de esponsal y de vieja batalla comenzada.

De Prepoemas en postespañol (1979)

Corazonada

era por descostumbre de la muerte por desmuerte
que decía el lunes la semana que viene el año
próximo
hablando de las cosas con que uno se mortaliza
pero tú eres lo premortal impostergable
tú el duradero instante siempre urgente
en mi necesidad de tu sur desangustiante
y entonces no sabía como ahora que de pronto
no iba a haber más tú puede no haber más días

En el principio era el verbo

te numero, te teléfono aburrido
te direcciono (callo, caso y escalero)
te habitacionada ya te lámparo te suelo
te vaso te enfósforo te libro
te disco te destoco te desvisto desoído
te camo te almohado enciendo descobijo

te pelo te cadero me cinturas
nos trasvasamos labio a labio
me embotello e tu adentro
nos rehacemos te desformo me conformo
miltuplicada tú yo mildivido

Mal de la tierra

y a mi quién diantre me mandó a que me metiera
en tu camisa-de-once-varas de tu vida
si me quedaba bien la soledad como otro
 esqueleto
quién me mandó a inventarme en la post-tarde
el pasado que quise haber tenido de ayer en
adelante
si no eran conmigo tus proyectos de victoria
contratigo
sudamérica otra de tu cadera izquierda para abajo
quién acaricia tu brasil desangular y ascua
quién te besa la sal húmeda de tu norte de chile

Virgen

Sublunar, yacente, subyacente doncella
te enamoraste de la piel y no de la llaga
del que gritaba debajo de la herida.
Lastimándote podías parecerte al merecido.
Sangrandote, ¿ iba a seguir durmiendo el tigre
todavía azul de tu deseo, tu inconfesable
tigre?
Le llamabas con tu vocación
de sed culpable que bebía en tus manos,
decías querer ser feliz en su debajo
y que nunca tendrías otro esposo
"Te he sido fiel, señor"
No sé
cuándo te echaste los cerrojos, dónde
me quedé amándote por encima del hábito
esperándote a que fueras un poco más
desnuda, no tan niña.
Tal vez
no me debías fidelidad ninguna, con él
no era pecado aquello que conmigo,
pero en cada altar encuentro tu fotografía
con muchos más vestidos y con una aureola
que veo sólo yo, subterráneo.

Coinciobendencia

acabo de aprender que un grupo puede ser uno
sea que no estoy tan solo como creía
que me hago compañía sin saberlo
pero mis otros yos me aburren tanto
que siempre vale más estar solo
que mal acompañado
y así volvemos otra vez a fojas uno
y de paso no violo las disposiciones
del estado de sitio en que vivimos

Americanismos

Como si aquello también no hubiera sido
sino cuestión de tragos
espartáquicos proyectos de heroísmo
incitaciones del amar océano
la obra misteria que no se había escrito
y despertáramos a forceps o a tirones
con una espantosa resaca para siempre
llámase perseguidora guayabo cruda
goma ratón chuchaque cuerpomalo
según el país donde nos subdesarrollan mucho
(en los otros gueule a hangover)
llámase la vida para ser más claros

en el principio era el verbo

te número te teléfono aburrido
te direcciono (callo caso y escalero)
y habitacionada ya te lámparo te suelo
te vas te enfósforo te libro
te disco te destoco te desvisto desoído
te camo te almohado enciendo descubijo
te pelo te cadero me cinturas
nos trasvasamos labio a labio
me embotello en tu adentro
nos rehacemos te desformo me conformo
miltuplicada tú yo mildividido

las vidas comunicantes

fue a trabajar con sabor a malanoche
el jefe lo trató como a comunista y negro
se comió un sandwich de jamón flaquísimo
volvió a la oficina cárcel o perrera
hablabló de qué para qué con quiénes
escribió las mismas cartas de ayer para algún día
fue al banco a mendigar un saco dos meses medicinas
lo maltrataron en los transportes públicos
y avanzó a pie bajo la lluvia espesa
pero ella lo llamó en la noche y le leyó lo escrito
"fue al trabajo maltrabajado por la malanoche
recibió en la cara jazos de su jefe
se comió un sandwich de huecos y vacío
volvió buey involuntario al materreses

habló de todo y nada con uno y con ninguno
escribió cartas de otro para otros otros
en el banco lo trataron como al tercer mundo
en los transportes públicos nadie habla con alguien
cruzó esta noche la vida bajo la lluvia llena
y preparó la fiesta de la carne doble
(esto es también auténtica dura verdad de poesía)"
entonces él supo que siempre había sido
un pocoautor de todos sus poemas.

*

hizo la cama que revolvió la noche
lavó las tazas del desayuno flaco
pasó el aspirador de un trapo por la casa
lavó la camisa las medias los pañuelos
preparó el almuerzo para sobremorir la tarde
lavó los platos los cubiertos inservibles
cosió botones en los pantalones lánguidos
hizo tiempo para hacer compras para hacer comida
y lavó las cacerolas de lo ya vivido
per él la llamó en la noche y l leyó lo escrito
"rehizo la cama que deshizo la noche
lavó en las tazas los sorbos los bostezos
aspiró el polvo de las cosas de la casa
lavó el olor de ambosdós pegado a su camisa
¿fue reina una mañana siquiera en la cocina?
prolongó en la mesa los plazos cotidianos
lavó en las cacerolas los restos de futuro
le puso unos botones a falta de monedas
fue a la carnicería iglesia limpia
y preparó la doble fiesta de la carne
(esto es también únicaauténtica verdadura de poesía)"
entonces ella supo que siempre había sido
un pocoautora de todos sus poemas.

Tras la pólvora, Manuela (Fragmento)

Duermes dorada y desguarnecida, sitio
de mi próxima batalla. Igual duerme
el continente: el amor en reposo, lomo
animal en la espuma.
(Si esa noche -melosa
hamaca la noche de Jamaica- la cuchillada a ciegas
me hubiera hallado de perfil el corazón, no te habría
encontrado, y solo habría sido decepcionante
cadáver incompleto, mitad de asesinado).
Pero esta noche, tú bocabajo -yegua al galope
arrancándole al sometimiento los frenos en pedazos-
me abandonas tu dura rosa hendida, no hay
peligro, y mi destino en ti tiene lugar.
Tú bocarriba -nave que arremete

su proa contra el viento injusto-
me confías tu tajamar de pelo, y no hago la paz:
yo sé que ambos, continente y muchacha, no están
en retirada: acumulan revueltas bajo el sueño,
sedes sin prisa por saciarse, sangres maniatadas,
y estallarán pidiendo más combate al desayuno.

Afuera sigue la ciudad y yo renuncio
a su fulgor debajo de tu lengua. Parezco
triunfador y rehén tu campamento: allí
se me adhiere tu venda de muslo fiel
y urgente, y me muerde tu llama:
ocupación de un adiós en vacaciones.
La historia se quedó en el traje, tirada
por la noche en una silla, pero desnudos
sólo quiero ese nombre que te oigo con la boca,
sólo la intermitente estatua a dos ombligos
y ese mapa de venas donde no me extravió.
Contemos en la mañana las condecoraciones
que nos dejó la noche con sus mordeduras,
cúbrelas con el despojo usual de mi camisa,
vísteme de solitario, de viudo, de soltero,
y devuélveme a los demás (anoche me olvidé
de su abstinencia al entrar en tus anillos),
y niéguenme tus abras, écheme
tu forma, rehágase con una sola espalda.
Y que pueda yo salir -lunes de cada día- a completar
la libertad entre los dos, cópula apenas comenzada.

El amor desenterrado

La Dra. Karen E. Stothert, profesora en la Universidad de Fordham, en Bronx, Nueva York, acompañada de Paula Rogasner, de la Universidad de Guayaquil, y de Eugenia Rodríguez, Marcelo Villalba e Iván Cruz, de la Universidad Católica de Quito, con los auspicios del Museo Arqueológico del Banco Central del Ecuador, descubrió en la Península de Santa Elena, provincia del Guayas, un cementerio paleoindio –el más antiguo del Ecuador y uno de los primeros de América (8.000 a. de C.) con varias clases de entierros y de ofrendas. Un excepcional hallazgo fue el de los llamados “amantes de Sumpa”: dos esqueletos ligados en actitud amorosa sobre los cuales se han colocado algunas piedras, al parecer después de su muerte.

(De los periódicos)

Cuál de los dos murió primero
callando ante la verdad de los cuerpos que dialogan
en esta antigua tragedia anterior a la tragedia antigua,
porque cómo se hace –avisen, habría que decírselo a todos-
para morir juntos sin desclavarse,
interminable hazaña nupcial no repetida
porque desde entonces ya no supimos cómo. Cuál pudo ver en el otro, espiándole por partes, la
agonía,
en qué momento se truncó el arco que describe el deseo

antes de terminar con el vencedor besando agradecido la ingle en despedida
y quedarse así con la pierna detenida para siempre en el viaje a la entrepierna
(lentitud de quienes adueñándose del gozo se adueñaron del tiempo)
por donde pasa el tiempo áspero de las península con sus toallas de arena
cada mañana después de cada noche de ese ensayo general de los actos del acto.(¿O fue un
acto inacabado,
palabra que la muerte detuvo en la primera sílaba,
tantas veces repetida por nosotros hasta ahora y tartamuda,
creyendo cada vez que es una muerte pequeña,
contentos como quienes bailan esas danzas
cuyo origen ritual han olvidado?)Amaos por favor, seguid amándoos
vorazmente insatisfechos por los siglos de los siglos de los siglos,
no desatéis la inicial inmemorial amarra
porque qué nos restaría de esta amorosa e insolente estatua,
ni cómo iríamos a comprobar que alguienes se amaron
si de pronto estos huesos polvo fueran,
deshaciéndose en la tardía sacudida del espasmo
cien siglos después de haber comenzado apenas a tocarse con los dedos los labios
y nos quedaríamos así sin pruebas
de que existió la eternidad un día.

Supersubdesarrollo

¿Dónde?
En un muelle del Sena.
¿Cuándo?
El último día del otoño.
¿Quién?
Un empleado del aseo de calles.
¿Con qué?
Una gran escalera de tijera y unas grandes tijeras.
¿Por qué?
Para cortar una hoja que aun no había caído.
¿Conclusión?
También he visto en otras partes
matar niños con ametralladoras.

Recuerdo de la bella

después de anísimos de quizases talveces ojalases
no quedan sino porqués nuncamases y tampoco
ya jamásmente la ísima
ya sólo la escorpiona
parasiempremente no sida
el puro postamor casi inamor amortajado
en la subalma o la desvida
diciembremente terminado

Diálogo no olvidado

Quito. Mayo de 2001. En la casa del poeta, el sol entra por la palabra y se aquieta. El sol enciende sus silencios, los anida para decir nuevamente, para cantar el abrazo de los

recuerdos. Comienza la ceremonia. Regresan los amigos. Nunca se han ido. No han muerto. Todos están aquí. De ellos quedan las palabras como pedazos de tierra en las manos, como marcas sagradas que no se olvidan. Son pedazos de alma en el silencio de estas palabras que los invocan. Palabras que dicen con alegría la vida, el aire puro de una ciudad viva y antigua que los reunió en algún momento para hacer, para decir, para sufrir, para amar, para cantar a todos los dioses y morir, quedando escondidos en el aire silencioso que aún recorre esta ciudad y en la memoria de donde nunca se han ido.

Es desde esta ciudad donde la palabra se aquieta con el sol por dentro, y lo hace para hacer volver al poeta a las entrañas de la memoria. En el recuerdo de los otros años está también la vida. Quito ahora es imagen de un diálogo entrañable. La ciudad deja en el aire los sonidos actuales para traer los otros más lejanos, para traer las voces de otros pueblos que también viven y duermen en sus entrañas.

Las voces profundas que vienen de todos los lugares de nuestra América también están aquí, y cantan y danzan susurrando en otras lenguas la magia del Popol Vuh, o la magia de los cantos guardados en el libro de los libros de Chilam Balam, o lo profundamente significativo de las oraciones de Huexotzingo, o de las mitologías Kogi, o de la filosofía Náhuatl, o de la poesía Quechua... las voces profundas vienen de ahí, de la tierra, de la conjunción de la tierra con el cielo, de sus dioses, de la cuna de sus antiguos dioses, del murmullo de ellos protegidos en la Isla del Sol, o en la casa de la Luna, o en los días solsticiales que los encuentran con el pueblo de ahora, o en la magia de la planicie de los secretos antiguos, o vienen desde el sonoro silencio, ahora escondido en las lenguas originarias que también se hablan aquí en esta ciudad amurallada por la poesía. Aquí también está el canto de nuestros poetas celebrados.

De ese encuentro con Adoum hemos vuelto sobre los nombres y los quehaceres de esos padres culturales que avivan al Ecuador. De la lengua que ahí ha quedado ha nacido una excelsa poesía. De esa lengua que no pudieron extinguir, tenemos hoy monumentos como el Boletín y elegía de las mitas, de Dávila Andrade. De esas lenguas tenemos también en otras formas más cercanas la obra de un Guayasamín: pintura que habita a los hombres de hoy en esta ciudad.

Es esta ciudad la que también guarda en sus lugares sagrados los sonidos de las Américas, de sus montañas, del aire puro de sus cielos ancestrales. También ahí está la palabra del poeta. Viene con su silencio y se vuelve sonido en el misterio de las nuevas voces atrapadas y no en la poesía.

De esta auténtica comunión tenemos en nuestra poética latinoamericana, como herencia, las voces y los secretos de esas voces que se han hecho tierra en la poesía, piedra dura e inamovible. Así Bello, Darío, Vallejo, Huidobro, Borges, Mistral, Neruda, Paz, Lezama, Gelman, Cortázar, Dávila Andrade, Gerbasi... De ese telurismo viene la palabra viva de Adoum, viene de su Ecuador amargo hasta sus cantos Del amor desenterrado. De esa tierra adentro, del misterio de la noche protegida en ella, viene la voz, la señal de una identidad que reconcilia al poeta con el lado sagrado de la palabra, guardando en él, el misterio del lenguaje poético.

Va pasando la tarde. Hemos hablado en silencio. Hemos dicho lo fraterno. Hemos celebrado esta ciudad. Van quedado las palabras en el recuerdo. No se olvidan. Estamos a la altura de un edificio que nos permite divisar una gran parte de un Quito moderno y luminoso, de una ciudad que respira el aire antiguo de una herencia de tierra sagrada. Años antes las palabras

nos decían de un diálogo recurrente. Los temas no eran otros que los amigos. La amistad poética abrió las puertas de un diálogo siempre cercano entre Ecuador y Venezuela. Benjamín Carrión, trabajó incansablemente por hacer que Ecuador mantuviese estos encuentros entrañables desde la cultura como potencia. Fue él quien defendió la nueva literatura ecuatoriana. Fue él quien hizo más grande la patria ecuatoriana, fue él el primero que dijo Palacio, Cuadra, Pareja, Icaza, Dávila Andrade, Carrera, Guayasamín... fue él quien abrió las puertas de una casa para la cultura, para recibirlos en la memoria y dejarlos en el papel como sangre viva para el Ecuador. Fue él quien permitió que se abrazaran la cultura venezolana y ecuatoriana. Benjamín Carrión, Juan Liscano, Dávila Andrade, Juan Sánchez Peláez... De Quito a Caracas las palabras se guardaban para abrazar la poesía. De Caracas a Quito el recuerdo de las voces vivas que los acompañaban se hacían fraternas. En la poesía el diálogo profundo vive y se sostiene también gracias al silencio de la distancia.

Hablamos de ese diálogo. De Dávila Andrade, su hermano del alma, el faquir de la poesía ecuatoriana, de quien yo andaba buscando en ese momento algunos de sus sonidos aún protegidos en el Ecuador. Él también preservaba esos sonidos en el recuerdo de su amigo cercano. Algunos de esos sonidos que buscaba para decirlos estaban esa tarde ahí, bajo el sol de esa tarde. Desde entonces Jorge Enrique Adoum avivó mi cercanía con la poesía ecuatoriana. Él y su tiempo otro en el poema me ayudaron a encontrar una ciudad. Él y el rostro de su padre y las palabras del amigo me ayudaron a entrar en una ciudad para comprender una historia, una vida, un mundo posible en las letras de ese país. Este diálogo también fue fecundo gracias a las palabras fraternas de Jorge Dávila Vázquez en otra ciudad magnífica: Cuenca. Este diálogo aún es posible gracias a estos recuerdos. Después de todos estos años quedan otros tiempos escondidos en la poesía que suena en las páginas de la memoria.

Ecuador es ya palabra en la poesía, es sonido en el poema, es silencio en la música secreta de una ciudad y otras que la recuerdan permanentemente porque respira en ellas.

Regreso a la palabra

El poeta se desdibuja en la palabra y en esa misma tarea se vuelve a dibujar en otra página del tiempo. El poeta se mete en las palabras para detenerse en ellas y decir otra vez. No en otro lugar sino en el mismo símbolo de esas mismas palabras, en el susurro que golpea lo naciente en ellas, que del alma del poeta va al papel: un cielo otro que las alberga, las protege, las sacude, las hunde en la intemperie y las somete a lo oscuro y misterioso de cada noche. No en otro tiempo, desigual, deforme, sino en este, en el lugar próximo de la heredad que nos han dado tradición tras tradición. El poeta trasiega las distancias que impone la negada medida del tiempo y hace que las palabras se abalancen, con furia, rompiendo la costumbre, sacudiendo el débil movimiento de las sílabas dormidas en su mano. Contempla con sigilo la distancia entre las letras olvidadas y la furia contenida en los silencios protegidos para darle así paso a otros sonidos. El poeta salta por encima del papel hiriendo el instante.

Atravesando la niebla vuelve a la palabra inicial y la llena de aire puro para decirse antes que se disipe, para comunicarse bajo otros signos lo que está atado en el tiempo que ha tenido como historia de sus días. El poeta regresa de sus exilios. Vuelve para comenzar otra vez. Para decirse otra vez. Para desentrañar el misterio de esas palabras que consigue atadas a su silencio. Regresa cansado de tanto penar a la intemperie. Y no puede más, y no sabe sino repetir y repetirse constantemente que debe explicar esos nuevos sonidos, los apagados sonidos de ahora que lo hieren. Quiere callar pero nada y todo lo impide. Quiere huir pero las

mismas palabras lo someten al destierro de su silencio y lo aquietan escondiéndolo en el olvido. Quiere decir pero la palabra sólo le da paso a una parte de eso que quiere llevar al papel.

Entonces ¿no hay olvido?

y no podré jamás confundirme de puerta
y a nunca equivocarme de rostro de tranvía
comenzar el destino en la otra mano
con una llave o un sombrero diferentes
sin recorrer la misma duda y a la misma hora
la misma calle con el mismo pie
no entrar de nuevo al cuarto de uno
donde uno se espera y nunca sale
esperando al teléfono llamadas de una voz
que antes se escuchaba con el vientre
noticias de ojalá
el horóscopo para ayer que no acierta tampoco
y se mira crecerle los adioses en la cara
y no hay gillette para el recuerdo
no hay jabón para lo sido lo cernido
de las ruinas de uno mismo argamasa de la edad
como un templo donde ya no sucede nada cierto
y tantas moscas rondándome
simple muñón de ti mi antes
y en la mirada también queda lo sucio de estos dolores
puesto su sucio a remojar a fondo
por lo menos con esto me distraigo
me corrijo la vida como debió haber sido
hago cuentas de cuánto debo irme
para no estar conmigo en otra parte
escondiendo analgésicas teorías
olvidando soluciones criminalmente justas
manuscritos de la tempestad al fin y al cabo
con lo demás no hay cómo son las piedras honestas
del que no fui y seguí siendo otras veces
del que quise nacerme sin mancha de pasado
y si remueven un poco me verían debajo
echando una lagrimita por aquello
atónitos con melanosis
santos retorcidos por la sabiduría
equilibristas con espasmo y catalepsia
raquíuticos hipertróficos enfisematosos
lánguidos místicos agónicos
esqueletos forrados de pergamino pardo
esqueletos envueltos con mosquitero
dos rodillas recuerdo de otra pierna dos dientes
reliquia de la vieja religión en la mejilla

Tu oscura sustancia

De qué intemperie viene esta voz de Adoum. De dónde ha venido su reclamo. De qué distancias. Bajo qué señales. Con cuáles palabras nos acompaña. Cada vez que abrimos o cerramos un poema las palabras ahí se anuncian de nuevo, se asoman otra vez, dicen de otro tiempo, de este, del que vendrá, del que desdice el falso credo sometido a una “verdad” que otros siempre imponen con palabras ya heridas y maltratadas, palabras ya despojadas de su aliento, palabras ahuecadas.

Lo antiguo se vuelve presente, permanencia, secreto de otros significados. La poesía así es el lugar esencial para develarnos el misterio de lo pasado, de lo actual, de lo que puede venir protegido en el verbo sonoro del poema.

Las ocupaciones nocturnas

Prólogo: Fundación de la ciudad
Y ahora en dónde sobre qué vínculo en qué
botín he de apoyar el alma
en qué piedra por favor en qué
ayer. Nadie me dijo que comenzarían
hoy los siglos de la noche. Lunes
de una ciudad sobre la desolación.
Aquí hubo una población ya desplumada
su cacique en pedazos. ¿Y el plano
de las destrucciones? ¿Y los solares
que trazó el destrozo?
Me voy a inventar una ciudad. Es preciso
fundar un nombre, apenas vísperas
de una capital, como una predicción.
(Yo podría llamarla Imaginada, Abandonada,
Nada.) Solamente un sonido que nadie oye
útil para establecer la propiedad
sobre la duración de los resucitados.
Ah no nacida. Nombrada solo. Solo
viento sin ladrido que ahuyentara
el exceso de muerte. Heme aquí
clavando el estandarte de un ruido solitario
jugando con campanarios dibujando
calles inmemoriales enviando especialistas
en provocar el eco para no sentirme
solamente solo sino muchísimo más solo.
Completando la envoltura oral de una ciudad
que fue y que después ha de habitar
el hijo de quién de quién
sepultado vivo en su armadura
que será estatua viva
de una estatua colérica y velluda.
Volcada. Porque no tuvo tiempo todavía
para las acomodaciones nuevas del amor.

Este es el canto antiguo de la poesía y despierta con el poeta cada tiempo. Ecuador se vuelve así sueño originario de otros dioses. Y el poeta los canta, los recuerda, los vive, los trae para otros, los entrega, los ofrenda, los unge en cada palabra. Los descubre en cada silencio.

Adoum nos deja así el misterio de una poesía que nos abraza a ese Ecuador amargo. Lo hizo en muchos de sus libros poéticos, en sus novelas, en sus ensayos sobre la identidad. Al leerlo vemos que queda vertido el significado profundo de una obra en estas reflexiones de la vida.

El poeta sabe que todos los hijos de la América Latina se guardan en ese silencio, es un silencio antiguo, puro, es un silencio que ampara la palabra: una forma particular de cuidado de esa identidad ancestral que nos alienta. Y supo que el latinoamericano estaba ahí en las palabras comunes de los más sencillos, en las palabras y en los cantos de los niños, en las palabras y en los misterios de esas palabras de los artistas casi invisibles que hacían en cada rincón un universo todo. Sus poemas dicen no solo a los dioses de la tierra, sino también a los otros, a los dioses de los hombres que intentan devorar lo que hemos sido. Sus poemas dicen en ese silencio no impuesto, ni inclemente, ni doloroso. Dicen para acrecentar un vínculo más auténtico con la tierra. Dicen en la sangre y lo secan en la piel ya sin armaduras, ni amarras. Sus poemas dicen con los mismos sonidos antiguos de las palabras ancestrales en una poesía que conserva la llama viva y auténtica que se despierta en cada nuevo poema de esta maravillosa tierra.

Jorge Enrique Adoum è nato ad Ambato (Ecuador) nel 1926. Studia Filosofia, Lettere, Giurisprudenza, all'Università Central dell'Ecuador prima e poi all'Università di Santiago del Cile. Nel 1944 entra a far parte di «Madrugada», movimento che segna una svolta nella storia della poesia ecuadoriana, accogliendo le innovazioni delle prime e delle seconde avanguardie e proclamandosi politicamente di sinistra. Tra il 1945 e il 1947, durante il suo soggiorno in Cile, lavora come segretario personale di Pablo Neruda. Tornato in Ecuador ricopre molti incarichi nel settore della cultura, fra cui direttore editoriale della Casa della Cultura Ecuadoriana. Nel 1952 viene insignito col Premio Nazionale di Poesia, e nel 1960 riceve a Cuba il prestigioso premio Casa de las Américas.

Le sue prime raccolte, "Ecuador amargo" (1949) e "Los cuadernos de la tierra" (1952-62), riecheggiano le metafore telluriche di Neruda e il clima del Canto General, ma già in "Curriculum mortis" (1968) e in "Prepoemas en postespañol" (1979) si definisce il suo particolare linguaggio e i suoi modi specifici di manipolazione e ricostruzione dei vocaboli. I suoi non sono mai semplici giochi di parole (spesso difficilmente traducibili), ma una forma di ribellione e di contestazione di ciò che chiama «subdemocracias cuarteleras» (sottodemocrazie da caserma).

Il suo romanzo "Entre Marx y una mujer desnuda" (1976), è forse il migliore esempio di romanzo sperimentale in Ispanoamerica dopo "Rayuela" di Julio Cortázar. Come "Rayuela", il romanzo di Adoum si costruisce sotto gli occhi del lettore e con la partecipazione del lettore stesso, ed esibisce ludicamente i processi di costruzione e maturazione della materia narrativa. L'elemento ludico tuttavia non è mai separato da una seria ricerca di conoscenza, e il lettore da una parte è coinvolto emotivamente nelle vicende narrate, dall'altra è costretto a un costante esercizio di riflessione. Dal romanzo è stato tratto di Camilo Luzuriaga un bellissimo film dal titolo omonimo.

Adoum è anche autore di teatro ("El sol bajo las patas de los caballos", 1976), e di una interessante, acuta e talvolta pungente opera critica.

In occasione della commemorazione (30 anni) della morte di Guevara è stato invitato a Cuba a Casa de las Americas a tenere un discorso. In quell'occasione ha scritto e letto uno struggente e bellissimo poema dal titolo "Che: fugacità della sua morte".

È tornato alla poesia con lo straordinario "El amor desenterrado", ispirato allo sconvolgente ritrovamento di una coppia di amanti del periodo paleo indio in Ecuador.

Le sue opere sono tradotte e pubblicate in molti paesi e inserite in innumerevoli antologie. Agli inizi del nuovo secolo ha pubblicato, prima a Cuba e poi in Ecuador, "De cerca y de memoria: Lecturas, autores, lugares", un libro di ricordi di scrittori e artisti dell'America Latina e dell'Europa.

Ha tradotto in spagnolo la poesia di T.S. Elliot, Langston Hughes, Jacques Prévert, Yannis Ritsos, Vinícius de Moraes, Nazým Hikmet, Fernando Pessoa, Joseph Brodsky, e Seamus Heaney.

Ha partecipato per Casa della poesia a "Lo spirito dei luoghi. Latinoamerica poesia" (1998), "Parole di Mare" (2000), "Il cammino delle comete" (2002), "Sidaja" (2002), "Napolipoesia" (2002), "Latinoamericapoesia" (2004) ed è stato più volte ospite della Casa.

Per la Multimedia edizioni ha pubblicato la bellissima raccolta "L'amore disinterrato e altre poesie" (2002) alla quale è stato attribuito il Premio Sidaja a Trieste, nel 2002.

Il 3 luglio 2009 si è spento a Quito, in Ecuador. Poesia:

Ecuador amargo, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1949.

Carta para Alejandra, Quito, La Andariega, 1952.

Notas del hijo pródigo, Quito, Editorial Rumiñahui, 1953.

Los cuadernos de la Tierra: I. Los orígenes, II. El enemigo y la mañana (Premio Nacional de Poesía), Quito, C.C.E., 1952; III. Dios trajo la sombra, Quito, 1959 (Premio Casa de las Américas), La Habana, Ministerio de Educación y Casa de las Américas, 1960; IV. Eldorado y Las ocupaciones nocturnas, Quito, C.C.E., 1961.

Relato del extranjero, Quito, Ediciones del Ateneo Ecuatoriano, 1955.

Yo me fui con tu nombre por la tierra, Quito, edición clandestina, sin pie de imprenta, 1964.

Informe personal sobre la situación, Madrid, Aguariabay, 1973; La Habana, Casa de las Américas, 1975.

Los 37 poemas de Mao Tsetung (traduzione), Buenos Aires, Schapire Editor, 1974.

Breve antología (selezione e prologi di Vladimiro Rivas Iturralde), Serie de Poesía Moderna, n°. 60, México, Dirección General de Difusión Cultural/UNAM, sin fecha.

No son todos los que están... (Poemas, 1949-1979), Barcelona, Seix Barral, 1979.

Poesía viva del Ecuador (antologia: selezione, introduzione e note), Quito, Editorial Grijalbo Ecuatoriana, 1990; Editorial Libresa, 1998.

El tiempo y las palabras (poesie 1949-1989, studio introduttivo di Vladimiro Rivas I.), Quito, Editorial Libresa, Colección Antares, 1992.

Poésie équatorienne du xxe siècle (antologia: selezione, introduzione e note), Fundación Patiño, Ginebra, 1993 (ed. bilingüe, trad. de Nicole Rouan).

El amor desenterrado y otros poemas, Quito, Editorial El Conejo, 1993; 1995 /Postales del trópico con mujeres, Valencia, Ediciones Episteme S. L., 1997.

... ni están todos los que son (45 años de poesía), Quito, Eskeletra Ediciones, 1998.

Saggi:

Poesía del siglo XX, Quito, C.C.E., 1957.

La gran literatura ecuatoriana del 30, Quito, Edit. El Conejo, 1984.

Sin ambages (Textos y contextos), Quito, Edit. Planeta-Letraviva, 1989.

Ecuador: señas de identidad, Quito, Eskeletra Ediciones, 1997; 1998.

Guayasamín: el hombre, la obra, la crítica /Das Antlitz der Zeit -Guayasamín, Nurenberg, DA Verlag Das Andere, 1998.

Teatro:

El sol bajo las patas de los caballos, en "Conjunto", nº 14, septiembre-diciembre de 1972, La Habana, Casa de las Américas; en "La última rueda", nº 1, Quito, Universidad Central, 1976; en "Mester", vol. VI, nº 1, octubre de 1976, Los Angeles, Universidad de California; en "Jorge Enrique Adoum: Teatro", Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1981; en Pedro Bravo Elizondo, "Teatro documental latinoamericano", tomo II, México, Universidad Autónoma de México, 1982; Le soleil foulé par les chevaux (adattamento di Michel Viala), Ginebra, Collection du Théâtre de l'Atelier, 1970; The Sun Treaded Beneath the Horses' Hooves (trad. di Arthur McMurray y Roberto Márquez), Amherst, "The Massachusetts Review", vol. XV, nos.12, winter-spring 1974; Die Sonne unter den Pferdehufer (trad. de José Antonio Friedl Zapata, Lamu Verlag, Borkeim-Merten,1979); Il solo sotto gli zoccoli dei cavalli (trad. de G. Ursino Ursic para la RAI), Roma, 1980 (mimeog.).

La subida a los infiernos, en "Jorge Enrique Adoum: Teatro", Quito, C.C.E., 1981; Die Höllenfahrt (trad. de J.A. Friedl Zapata), Borheim-Merten, Lamug Verlag, 1979.

Narrativa:

Entre Marx y una mujer desnuda Texto con personajes (Premio Xavier Villaurrutia, México), México, siglo xxi editores, 1976, 1978, 1980, 1984, 1987, 1993; Quito, El Conejo, 1983, 1994, 1996; Bogotá, La oveja negra y El Conejo, 1987; Entre Marx et une femme nue (trad. de Françoise Campo-Timal), París F. éditions, 1985.

Ciudad sin ángel, México, siglo xxi editores, 1995.

Los amores fugaces (Memorias imaginarias), Quito, Seix Barral - Biblioteca Breve, 1997, 1998, 189 pp.

Antologie:

Antología universal de la poesía, di Miguel Brascó, Santa Fe, Edit. Castellví, 1957.

Antología de la poesía viva de America Latina, di Aldo Pellegrini, Barcelona, Biblioteca Breve, Seix Barral, 1966.

Antología de la poesía rebelde hispanoamericana, di Enrique Fierro, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1967.

Antología poética hispanoamericana actual, di Mario Marcilese, Laa Plata, Editora Pratense, 1968.

Poemas de amor hispanoamericanos, di Mario Benedetti, Montevideo, Bolsilibros Arca, 1969.

Unstill Life (in inglese e spagnolo), di Mario Benedetti, New York, Harcourt, Brace and World Inc., 1969.

Poeti ispano americani contemporanei (in italiano e spagnolo), di Marcelo Ravoni e Antonio Porta, Milano, Feltrinelli, 1970.

Poesía social del siglo XX: España e Hispanoamérica, di Carlos Altamirano, Buenos Aires, Centro Editor de America Latina, 1971.

Antología de la poesía erótica, di Gustavo Sáinz e Miguel Donoso Pareva, México, Edit. Orientación, 1972.

La violencia en Ecuador, di Miguel Donoso Pareja, México, Edit. Diógenes, 1973.

Antología básica contemporánea de la poesía latinoamericana, di Daniel Barros, Buenos Aires, Ediciones de la flor, 1973.

Poesía rebelde de América, di Miguel Donoso Pareja, México, Extemporáneos, 1974.

Poesía revolucionaria latinoamericana (in inglese e spagnolo), di Roberto Márquez, New York – Londra, Monthly Review Press, 1974.

América libre, di Gérard de Cortanze, Parigi, Seghers, 1976.

¡Hasta siempre! (in italiano e spagnolo), di Meri Franco – Lao e Fabio Pierini, Roma, Voci dell'esodo, Borla, 1977.

Poeti ecuatoriani contemporanei, di Giuseppe Bertolucci, Ancona, Ed. «La Ginestra», 1979.

16 poetas latinoamericanos, di Jorge Rodríguez Padrón (tradotto in greco da Rigas Karpatos), Atenas, Ed. A. Karavias, 1980.

Literaturas ibéricas y latinoamericanas, di Olver Gilberto de León, Francia, Ed. Ophrys, 1981.
200 poetas de hoy en España y America, Madrid, Taller Prometeo de Nueva Poesía, Colección Poesía Nueva, 1982.
Poesía rebelde en Latinoamérica, di Saúl Ibargoyen e Jorge Boccanera, México, Editores Mexicanos Unidos, 1983.
Antología de la poesía ispanoamericana (1915 – 1980), di Jorge Rodríguez Padrón, Madrid, Espansa Calpe, 1984.
Anthology of Contemporary Latin American Literature 1960 – 1984, di Barry J. Luby e Wayne H. Finke, Associated University Presses, Inc., Rutherford, Madison, Teaneck, Fairleigh
Dickinson University Press, Londra e Toronto: Associated University Presses, 1986.
Poemas eróticos (Antología ispanoamericana), di José Tarszys, Buenos Aires, Surcos Editora, 1992.
Dann fliegt mein gefiedertes Herz, di Jorge Avila, Wolfgang Eitel e Esther Muschelknautz, Monaco–Zurigo, Pier, 1992.
Memoria de America en la Poesía (Antología 1492 – 1992), París, Ediciones Unesco, 1992.
Un ángulo del mundo (Encuentro Iberoamericano de Poesía), Fundación Vicente Huidobro, Santiago del Chile, Red Internacional del Libro, 1993.
Antologie de la littérature ispano – américaine du xx siècle, di Jean Franco e Jean – Marie Lemogodeuc, París, Presses Universitaires de France, 1993.
Tierra de nadie (Antología de nueve poetas latinoamericanos), prólogo e compilación de Oswaldo Sauma, San José, Costa Rica, Edit. De la Univesidad Nacional, 1994.
Memoria del IV Festival de Poesía en Medellín, Revista Prometeo, 34 – 35, 1994.
Las mejores poesías de la lengua castellana, Madrid, M. E. Editores, 1995.
Al Che. Poesie e canzoni dal mundo, di Meri Lao, Roma, Parole e musica 1, Erre Emme edizioni, 1995.
L'épreuve des mots / Poètes Hispano – Américains 1960 – 1995, (a cura di Saúl Yurkievich), Parigi, Stock, 1996.
Memoria del VIII Festival de Poesía de Medellín, Revista Prometeo, 51 – 52, 1998.
Voces y Luces. Poesia ispanoamericana, a cura di Martha Canfield, Milano, Olivares, 1998.
Antología de la paz (Quincuagésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos), Rute, Editorial Anfora Nova / Ediciones Unesco, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1998.
Poesías de amor hispanoamericanas, di Mario Benedetti, L'Havana, Casas de las Américas, 1998.
40 años de poesía en el Premio Casa de las Américas, de Caridad Tamayo Fernández, Madrid, Hiperion, 1999.
Antología poética universal, Editorial Alfredo Ortells, Valencia (España), 1999.
Literair Paspoot 2000, La Haya, Stichting Dichter aan huis, 2000.
A poesia se encontra na floresta, I Encontro Amazônico de Poetas de America Latina, Edições Governo do Estrado, Amazonas, Brazil, 2001.
El amor y la palabra , Encuentro Iberoamericano de Escritores, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá y Casa de la Poesía Silva, 2001.
Al son de los poetas (Lengua y literatura hispánicas a través de la música), libro y disco de Selena Millares y Hamish Binn, Madrid, Editorial Edinumen, 2002.
Dizionari:
Aira, César, Diccionario de autores latinoamericanos , Buenos Aires, Emecé-Ada Korn Editora, 2001.

Barriga López, Franklin y Leonardo, Diccionario de la literatura ecuatoriana (Tomo I, letras A hasta la C), segunda edición, Guayaquil, CCE, 1980.

Carrión, Alejandro, Diccionario de la literatura latinoamericana: Ecuador , Washington, D. C., Unión Panamericana, 1962.

Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana , Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1993.

Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1995.

Diccionario Enciclopédico EDAF , Madrid, Editorial EDAF, S. A., 1971.

Enciclopedia Universal Sopena: Diccionario ilustrado de la lengua española , Barcelona, Editorial Sopena, 1982.

Flores, Ángel, Spanish American Authors: the 20th Century , Bronx , H. W. E. Wilson, 1992.

Gran Diccionario Enciclopédico Universal , Madrid, Cultural S.A., 1994.

Gran Enciclopedia Larousse , Barcelona, Editorial Planeta, S.A.

Gullon, Ricardo, Diccionario de literatura española e Hispano-americana , Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Nueva Enciclopedia Planeta , Barcelona, Editorial Planeta, S.A.

Nuevo Espasa Ilustrado 2000 , España, Espasa Calpe, 1999.

Océano Uno , Barcelona, Editorial Océano, 1994.

Pérez Pimentel, Rodolfo, Diccionario Biográfico del Ecuador , tomo VI, Guayaquil, Imprenta de la Universidad de Guayaquil, 1994.

Reichardt, Dieter, Autorenlexikon Lateinamerika , Bonn, Suhrkamp Verlag,

Rodríguez Castelo, Hernán, El camino del lector: guía de lecturas , Quito, Banco Central del Ecuador, 1988.

In Italia la sua raccolta "L'amore disinterrato e altre poesie" tradotta e curata da Raffaella Marzano, è stata pubblicata dalla Multimedia Edizioni di Salerno.

"Questo libro, oltre a proporre una scelta della vastissima opera poetica di Jorge Enrique Adoum, raccoglie quattro suoi straordinari grandi poemi "El amor desenterrado", "Tras la pólvora Manuela", "Postales del trópico con mujeres" e "Sobre la inutilidad de la semiología" che parlano dell'amore e del tempo.

Il primo, "El amor desenterrado", che apre e dà il titolo alla presente antologia, stupisce e atterrisce. È un testo luminoso fatto di erotismo e orrore metafisico nato dall'insolita scoperta archeologica di Sumpa: due scheletri uniti nell'atto amatorio, sopresi così dalla morte e dall'eternità. Jorge Enrique Adoum, in versi liberi che portano, senza dubbio, l'eco di cadenze classiche, medita e ricrea il brutale paradosso proprio di qualsiasi amore: i sentimenti contraddittori di caducità e eternità.

Il linguaggio di Adoum manifesta esuberanza verbale, ampio respiro, tono colloquiale profondamente antilirico, straordinariamente demistificatore e espressamente sperimentale che contribuisce alla ricerca di nuove forme per raccontare e sopportare la solitudine propria dell'essere umano."

* * *

JORGE ENRIQUE ADOUM

La frágil figura de una gran obra

Durante la presentación de sus Obras (in)completas, la fragilidad del poeta contrastó con el poder de su palabra, tanto en su discurso como en el contenido de los volúmenes que recogen su literatura.

El escritor, mientras firmaba un autógrafo La grandilocuencia de los términos con los que se refirieron a Jorge Enrique Adoum y a su obra -de él dijo Marco Antonio Rodríguez, presidente de la CCE, que era un “emblema de la cultura”; mientras que Cecilia Ansaldo llamó a su obra “catedral de palabras”- contrastó con la fragilidad del escritor, discretamente sentado al centro de la mesa que presidió el acto de presentación de sus Obras (in) completas, el jueves, en la sala Demetrio Aguilera Malta, de la Casa de la Cultura, en Quito.

El primero en hablar fue Marco Antonio Rodríguez, que por esta vez dejó de lado los comentarios a su gestión para forjar un retrato de “uno de los intelectuales más completos de Hispanoamérica”.

Luego, Cecilia Ansaldo y Fernando Balseca comentaron sus respectivas experiencias ante la lectura de los trabajos del poeta. Ansaldo, desde una postura más académica, mientras que Balseca prefirió un tono más confesional.

Todo ante una mesa que además de los intelectuales estuvo integrada por el canciller Francisco Carrión, el alcalde Paco Moncayo y el ministro de Educación, Raúl Vallejo, en medio de los cuales, la figura de Adoum casi se perdía.

Pero bastó que el poeta comenzara a hablar para que todos los asistentes cedieran a la sencillez y fortaleza de su palabra. En un discurso de un tono muy distinto a los que le precedieron, Adoum, más que a sus méritos literarios, se refirió a algunos episodios cotidianos que marcaron su vida. Con su experiencia de narrador, logró llevar ante la concurrencia sus primeros años en Ambato, sus infantiles crisis de identidad y los intentos de desentrañar el origen de su literatura. Pero, sobre todo, agradeció la publicación de una obra que ya resultaba impostergable.

Luego, el maestro Gerardo Guevara -acompañado de María Jaramillo, soprano, y de Galo Cárdenas, barítono- interpretó una versión musical del poema El amor desenterrado, pieza que logró inquietar al público, más que por la música, por la fortaleza de los textos.

Para el escritor, apenas un segundo de respiro antes de que la gente se arremolinara a su alrededor en busca de que firmara sus libros.

Solo después de atender a los reclamos de sus lectores, el poeta se levantó y, con la enorme dificultad que implican sus años, subió las escaleras de la ya vacía sala Demetrio Aguilera Malta para unirse a un festejo al que parecía ajeno, a pesar de que su obra era la protagonista. (YM)

* * *

Los asistentes coinciden en nombrar a Adoum como un referente

Marco Antonio Rodríguez,
Presidente de la CCE

Yo creo que no hay lugar a duda sobre el hecho de que Adoum es el escritor más completo de Hispanoamérica del siglo XX. Llega a la excelencia en todos los géneros literarios: teatro, novela, ensayo o relato. El escritor cubano Fernández Retamar dice que no hay como hablar de cultura latinoamericana prescindiendo de la figura de Jorge Enrique Adoum, un referente de nuestra nación. (PST)

Raúl Serrano Sánchez,
narrador

Es importante que se haya hecho esta edición de un autor que es sin duda un referente clave de la literatura ecuatoriana del siglo XX y no solo del Ecuador sino de América Latina. Lo

más importante es la opción que tienen los nuevos lectores, hablo de los jóvenes, que pueden ahora acercarse a dialogar con estos textos que son reveladores de lo que significa el ejercicio de la escritura, y a la vez una obra que da testimonio de lo que ha significado el final de milenio. (PST)

Fabián Guerrero,
poeta

Jorge Enrique Adoum es una de las figuras más altas y emblemáticas de la literatura ecuatoriana e hispanoamericana. Y en este país que tiende al olvido, que se hagan este tipo de homenajes es una manera de recordarnos a los ecuatorianos de nuestras verdaderas posibilidades. Adoum es ciertamente, desde su obra y su ideología, un ejemplo en la historia de la literatura y de la construcción de un país mejor. (PST)

Raúl Vallejo,
ministro de Educación

Creo que la obra de Jorge Enrique Adoum es una obra capital de la literatura del siglo XX, no solo de la ecuatoriana sino de la literatura escrita en lengua española. Adoum es un escritor que todo el tiempo es un ejemplo para los escritores jóvenes y él mismo es un escritor joven en el sentido de que siempre está trabajando y experimentando con la palabra. Sus textos poéticos, narrativos, ensayísticos lo han convertido en un referente estético y ético. (PST)

in: Hoy online, Quito, 8 de abril de 2006

* * *

Adiós, “Turquito”
Luis Sepúlveda

En agosto de 1977 sentí que no tenía tierra bajo los pies. Había llegado a Lima luego de un accidentado periplo por Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, nuevamente Argentina, Bolivia, y finalmente Perú. No podía quedarme en ninguna parte, eso era el exilio y, de pronto, en una calle de Lima vi a mi viejo amigo “Chiclayo” Pérez junto a uno de los grandes escritores latinoamericanos: el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum.

En cuanto supo que era chileno y de los jodidos, el autor de “Entre Marx y una Mujer Desnuda” me abrazó, y a partir de ese gesto nació una amistad que se prolongó en Quito primero, y luego en los encuentros en París, al amparo de la formidable hospitalidad de Jorge Amado y Zelia, o en los fax desteñidos por el tiempo.

Un día de agosto de 1997, desde un bar limeño, Jorge Enrique Adoum hizo varias llamadas telefónicas al Ecuador solicitando un visado, hasta que un funcionario de Relaciones Exteriores le pidió que, para ahorrar tiempo, le dictara el mismo las características del visado. Al día siguiente la embajada ecuatoriana en Lima me entregaba un salvoconducto absolutamente inusual, sobre todo si era emitido por una dictadura, la del general Rodríguez Lara, “El Bombita”, y que me autorizaba a residir en Ecuador durante todo el tiempo que considerase necesario. Además, aquel documento dictado por Adoum, adornado con varios sellos y firmas, invitaba a las autoridades ecuatorianas a dar todo tipo de facilidades el licenciado Sepúlveda, para el éxito de sus gestiones.

Desde aquel momento, el trato entre el autor de “Los Cuadernos de la Tierra” e “Informe Personal sobre la Situación” fue de Doctor Adoum y Licenciado Sepúlveda, pero en Quito, al calor de unos canelazos éramos El Turquito y Lucho, dos tipos que recorrían las cantinas quiteñas, amanecían entre los puestos multicolores de la Avenida 24 de Mayo, y con lágrimas en los ojos cantaban; yo quiero que a mi me entierren como a mis antepasados, en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.

En aquellos años, en Quito había una sorprendente cantidad de chilenos, argentinos y uruguayos, según todos, de paso, mientras la oficina de refugiados de Naciones Unidas decidía nuestros destinos. La mayoría estaba en una situación de limbo legal, eran frecuentes los arrestos, la temida policía de migraciones al mando del mayor Jarrín aterrorizaba con sus redadas y, gracias a mi salvoconducto, creo que era uno de los pocos a salvo de ser extraditado. Cada vez que caí en una redada, y fueron varias, presentaba el documento debidamente plastificado, y el “siga no más, licenciado” de los policías me llevaba a telefonar eufórico al Turquito para informarle que el dichoso papel todavía funcionaba. Cuento esto, porque frente a mi tengo una foto del Turquito, porque mi amigo Jorge Enrique Adoum me hizo repetir muchas veces esta historia, porque lo quiero mucho y con rabia, porque se me fue de la vida y ya está reposando como sus antepasados, en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.

Lo recuerdo en nuestro último encuentro, hace un par de años en Povoá do Varzim, en Portugal. Viajábamos en el bus de Correntes da Escritas, un hermoso encuentro literario, y El Turquito encandilaba con sus dotes seductoras de muchacho octogenario, con sus chistes soviéticos tan maravillosamente bien contados y que hacían llorar de alegría a Rosa Montero. Sus ojos de miope ilustre se iluminaban al hablar de Neruda, de sus años como secretario y amigo del poeta. El Turquito tenía por costumbre vivir en nombre de muchos y, así, a la hora serena de compartir un trago bebido con todo el sentimiento posible, bebía sorbitos a la salud de Neruda, de Roque Dalton, de Otto René Castillo, de Javier Heraud, de Paco Urondo, de sus compañeros generacionales caídos en la lucha por la dignidad latinoamericana.

Jorge Enrique Adoum se apuntó a todas las causas justas y se jugó por ellas desde su condición de intelectual lúcido, de novelista de garra, de poeta enorme y de compañero imprescindible.

Pienso en él, miro su foto, y la memoria me lleva hasta el Quito de casas blancas en donde hicimos tantos planes mirando el amanecer andino, o cuando sentados en la parte más alta de El Batán, en la casa de Oswaldo Guayasamín, imaginábamos el fin de las dictaduras y un continente latinoamericano habitados por hombres y mujeres cuyo gentilicio sería la palabra hermanos.

Nos va a faltar el Turquito. Me va a faltar mi amigo y compañero Jorge Enrique Adoum a la hora de seguir soñando, porque entre las muchas cosas que me enseñó está el valor de los sueños compartidos.

Pero él sigue soñando, desde sus libros, y en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.

De Jorge Enrique Adoum (1926-2009) poeta fundamental de Ecuador y de la lengua española, presentamos *El amor desenterrado* seguido de la última entrevista que otorgara, semanas antes de morir, a su compatriota Miguel Molina Díaz (Quito, 1992). En aquella entrevista, Adoum, que había irradiado el español de maravillas, dijo: *Sigo buscando el libro que no he podido escribir desde hoy, ése que justificaría mi existencia.*

Última entrevista

De ti naci y a ti vuelvo, arcilla, vaso de barro, con mi muerte yago en ti, en tu polvo enamorado. Son los versos de la estrofa de Jorgenrique Adoum en la canción “vasija de barro”. El Turco Adoum, uno de los escritores ecuatorianos más prominentes de todos los tiempos, después de haber vivido enamorado de la literatura, la creación, las causas sociales y la poesía, fue enterrado en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro, como era su voluntad, junto a su amigo entrañable, Oswaldo Guayasamín.

Pero fue el 12 de mayo pasado, 52 días antes de su partida, cuando el maestro Adoum me respondió una entrevista en la cual comprendí que él no podría morir jamás, su trascendencia legendaria quedará para siempre y él allí. Adoum no pretendía parecer sabio, era un hombre sencillo y agradecido, su modesta voz cargaba el peso de sus más de ochenta años pero sus palabras inspiraban la fuerza de una juventud que en él era eterna. Quedé en comunicarle los detalles sobre la publicación de la entrevista y él, con la tranquilidad que lo caracterizaba, me escribió: “espero que sea del agrado de ustedes”.

Así era Jorgenrique Adoum, un eterno enamorado, un cazador de utopías, con cuyos ideales dio sentido a las palabras y luchó por hacer realidad los sueños. Por eso lo recuerdo con la vitalidad del día que respondió a mis preguntas.

Miguel Molina Díaz

¿Cuál es el tema o temas de Jorgenrique Adoum al momento de escribir?

Depende del momento, pues es el que impone el tema. Pero en todos los textos se refiere de alguna manera a Ecuador.

¿Considera que ha logrado crear un personaje inolvidable?

No. Tengo solo dos novelas y un libro de novelas cortas que son los géneros en que puede darse esa posibilidad. No he buscado, ni se me ha ocurrido nunca crear un personaje inolvidable.

¿Por qué y para qué escribe Jorgenrique Adoum?

Porque es inevitable y para seguir vivo.

¿Qué es lo más difícil que le resulta al momento de escribir?

Encontrar las palabras precisas para cada tema.

¿Cuándo empezó a hacer poesía tenía algún modelo de escritor al que quería imitar?

Nunca, ni siquiera en esa época, traté de imitar a alguien.

¿En alguno de sus personajes u obras se puede ver reflejado Jorge Enrique Adoum?

En todos y en todas. Tienen siempre algo de autobiografía, algo de confesión.

¿Escribe o intenta escribir pensando en el libro que le gustaría leer?
No. Pienso, más bien, en el libro que me gustaría escribir.

¿Cuál fue el momento más difícil que tuvo que enfrentar como escritor?
Cada vez que comienza a obsesionarme una idea, que no puedo evadir, y debo decidir la forma que he de darle y encontrar las primeras palabras.

¿Considera que la literatura puede cambiar los esquemas de una sociedad?
Creo que sí, siempre lo ha hecho, a tal punto que parecería ser su objetivo principal.

¿Qué es lo más trascendental que le dejó su amistad con Pablo Neruda?
La certeza de que yo estaba en el camino correcto.

¿Siente temor por la crítica?
Ningún temor: me da lo mismo que sea elogiosa o negativa, leerla o no leerla. Y eso desde la edad de 14 años.

¿Cómo se siente Jorgenrique Adoum con su labor literaria de más de 50 años?
Sigo buscando el libro que no he podido escribir desde hoy, ése que justificaría mi existencia.

¿Qué significa para usted la medalla “Alejo Carpentier” que le otorgaron en La Habana?
Como todos los actos de esa índole, me pareció inmerecido. Pero ése lo atribuí, como era lógico, a la amistad que hubo entre los dos.

¿A qué atribuye que sus obras tengan notoriedad internacional?
¿Cree usted que la tienen?

¿En qué proyecto está trabajando actualmente?
Estoy corrigiendo *De cerca y de memoria* y reescribiendo *Ecuador: señas particulares*. Esas dos tareas se han interpuesto en mi trabajo habitual.

Los índices de lectura en el Ecuador son notablemente inferiores a los de otros países, ¿a qué le atribuye usted esta falta de gusto por la lectura?
A la falta de conocimiento de la lectura y todo lo que ella aporta. Y de esto son responsables los padres de familia y los profesores que, a su vez, sufrieron de lo mismo por las mismas causas.

¿Cree usted que los jóvenes del país leen y conocen literatura ecuatoriana?
No. Ni la ecuatoriana ni ninguna otra.

¿Cree usted que desde los colegios se está impulsando la lectura como medio expresión y adquisición de conocimientos?
No

¿Cuáles son los impulsos que faltan y de qué sectores para que los escritores ecuatorianos puedan publicar sus obras?
Creo que corresponde a todas las instituciones favorecer la edición de libros, porque es una situación de emergencia. Cierta vez que el Ministerio de Gobierno había ayudado a una editorial que publicó, junto a otros, un libro mío, un fiscal de la república dijo que eso era

como si el Ministerio de Relaciones Exteriores construyera una carretera... Al parecer, tal ha sido la concepción general en esta materia...

Finalmente, ¿qué consejo daría a los jóvenes que desean iniciarse como escritores?

Desconfío de quienes quieren ser escritores, me interesan los que quieren escribir, que no es lo mismo. No suelo dar consejos a nadie pero, en este caso les diría que aprovechen cada momento que les deje libre otras tareas, para leer y escribir.

**Estimado compañero Miguel: Me alegra poder enviar la entrevista con mi respuesta dos días antes del plazo (15 de mayo) que usted me dio cuando hablamos por teléfono. Espero que sea del agrado de usted. Espero que me acuse recibo. Les deseo éxito. Va un abrazo a los compañeros que trabajan en la tarea de la revista y otros, más estrecho, para usted.

Jorgenrique

El amor desenterrado

Te hubiera amado diez años antes del diluvio

Andrew Marvell

*Para hablar del alma
despierto temprano. No es fácil dormir en verano.*

Peter Levi

*...monumento más de América que la fortaleza de Machu Picchu
o las pirámides del Sol y de la Luna.*

Eduardo Galeano

La Dra. Karen E. Stothert, profesora de la Universidad de Fordham, en Bronx, Nueva York, acompañada de Paula Rogasner, de la Universidad de Guayaquil, y de Eugenia Rodríguez, Marcelo Villalba e Iván Cruz, de la Universidad Católica de Quito, con los auspicios del Museo Arqueológico del Banco Central del Ecuador, descubrió en la península de Santa Elena, provincia del Guayas, un cementerio paleoindio -el más antiguo del Ecuador y uno de los primeros de América (8.000 a. C.)- con varias clases de entierros y de ofrendas. Un excepcional hallazgo fue el de los llamados "amantes de Sumpa": dos esqueletos ligados en actitud amorosa sobre los cuales se han colocado algunas piedras, al parecer después de su muerte.

De los periódicos

...porque en el paleolítico debo haber sido muy niño todavía,
preguntón, curioso y lleno de presagios del ser tercero que forman dos
personas mayores
cuando se encierran con llave o con la noche
y la tierra hubiera esperado diez mil años hasta que yo crezca y comprenda
para mostrarme ahora a la intemperie esto:
la primera pareja como dos palabras juntas
con un breve vacío donde estuvo un día el guión varonil
(hembra la conjunción copulativa),
anudados hasta hoy, amor fosilizado, estatua viva encajonada,
mientras nosotros, voyeurs del siglo xx, viejos a cualquier edad, con nuestro
muerto amor a costas,
removiendo tablones, telas de nylon, piedras que las sostienen,
y acostándonos junto a ellos para atisbar la inmodesta y duradera amarra
que no acaba jamás en estallido,
nos hundimos el corazón para que no se avergüence
frente a ese amor que existe todavía
en estos esqueletos de anteayer en los que yace
igual que la ternura que cayó de la caricia al hueso.

*

Como si corriera hacia atrás, cayendo y tropezando, o también hacia abajo,
en busca del primer gesto con que empezó la interminable sucesión de cuerpos
que arracima el delirio
y me encontrara con esta lección de barroca arquitectura ósea que echó a
perder la historia
o, psicoanalista de la tierra, indagando en qué capa, a qué profundidad del
tiempo
vinieron a incrustarse estas conchas llenas de arena
como la oreja de una bañista acostada en la playa.
Quizás la mar (ya sólo olor distante de mujer la mar),
ahora penetrada por una lengua de arenoso territorio,
alargaba entonces sus brazos para tocar esta axila de ceniza
(hace siglos tal vez bajo estas dunas de espinas y petróleo
hubo una tierra verde donde llovió como iba a llover en el Antiguo Testamento
y no volvió a llover jamás vaciado para siempre el cielo)
y aquí se lavaba la mujer apegada al varón antes del gozo y después del
sueño.

*

Huesos de recién nacido o de recién muerto hace tiempo:
con esto puedo imaginar qué poco basta
para formar dos cuerpos y hacer visible su sentido,
qué poco también para dos muertes juntas.
Yo he sufrido semanas de diez días y años de catorce meses
pero estos siglos fueron cortos:
aún nos quedan pétalos de las costillas, juncos los de las piernas,
-lo que nos resta de la tempestad corpórea
cuando el viento junta lo que dispersó el viento-,
reprochándonos nuestra culpabilidad de seguir vivos
estos amorosos caídos juntos en la refriega contra el deseo,
como si el frotamiento de la piel con la piel les hubiera desnudado,
pedazos de una luna creciente y otra menguante
ensamblados por una complicidad secreta de su movimiento,
radiografía de lo que fuimos y debimos seguir siendo.
Por esa perennidad del cuerpo, perennidad del acto,
¿era ya el amor que desaprendimos con el tiempo y que hoy ya no es o no es
todavía?
¿qué pasó entre el amor y nosotros, qué río agrio o fuego frío?
¿se era entonces hombre y mujer para ser ser completo
cuando aun no era cacería la pareja?
¿se escogía (“quiero morir contigo”) a la persona
con la que uno iba a vivir toda la muerte,
náufragos intrusos en el subsuelo para ver desde abajo
cómo anda el pobrecito amor fugaz en el país de arriba,
y quedarse así embisagrados,
oyéndose para siempre el último parpadeo,
viéndose para siempre el último latido,
condenados a morir a amor lento
sin los tristes despueses del desacoplamiento?

*

Echado a perder por los siglos de mi época y los años de mi culpa
¿debo imaginar encuentros de una inocencia clandestina
contra propietarios de mujeres antes que de ganado,
o una conspiración de ángeles jóvenes contra hechiceros, caciques, policías?
o en la geometría de la pasión ¿sólo una lujuria marginal y loca
(porque antes de nosotros la cópula era secreta)
y en lugar de la lenta y torpe carpintería conyugal de apuntalamiento
(cuando uno se desviste y por vez primera se observa
cada noche en la piel la vejez que envejece
para amanecer a la decrepitud del día),
caricias borrascosas para ganarle tiempo al orden?

(y la venganza de esa unión viene durando
más que el orden que los mató y que este otro orden
que nos mata todavía)
¿o era ya subversiva la ternura? ¿era ya ahora,
desde siempre como siempre,
siempre contra el amor la tribu
(y nosotros formando parte de la tribu)
porque siempre la pareja es minoría?

*

Cuál de los dos murió primero
callando ante la verdad de los cuerpos que dialogan
en esta antigua tragedia anterior a la tragedia antigua,
porque cómo se hace -avisen, habría que decírselo a todos para
morir juntos sin desclavarse,
interminable hazaña nupcial no repetida
porque desde entonces ya no supimos cómo.
Cuál pudo ver en el otro, espiándole por partes, la agonía,
en qué momento se truncó el arco que describe el deseo
antes de terminar con el vencedor besando agradecido la ingle en despedida
y quedarse así con la pierna detenida para siempre en el viaje a la
entrepierna
(lentitud de quienes adueñándose del gozo se adueñaron del tiempo)
por donde pasa el viento áspero de la península con sus toallas de arena
cada mañana después de cada noche de ese ensayo general de los actos del
acto.
(¿O fue un acto inacabado,
palabra que la muerte detuvo en la primera sílaba,
tantas veces repetida por nosotros hasta ahora y tartamuda,
creyendo cada vez que es una muerte pequeña,
contentos como quienes bailan esas danzas
cuyo origen ritual han olvidado?)
Amaos por favor, seguid amándoos
vorazmente insatisfechos por los siglos de los siglos de los siglos,
no desateis la inicial inmemorial amarra
porque qué nos restaría de esta amorosa e insolente estatua,
ni cómo iríamos a comprobar que alguien se amaron
si de pronto estos huesos polvo fueran,
deshaciéndose en la tardía sacudida del espasmo
cien siglos después de haber comenzado apenas a tocarse con los dedos los
labios
y nos quedáramos así sin pruebas
de que existió la eternidad un día.

*

Quién era, se llamaba cómo
esta pequeña embarazada de muerte y no de esperma
en la feroz ecuación alucinada: hacerle el amor = hacerla morir,
joven que amamantó al adolescente de la costa,
cuando el deseo la hacía desearse
abrazada a su sueño como en un adulterio,
sin que ninguno de los dos hubiera tenido tiempo
de amontonar rencor u olvido para otro día.
Yo nunca había amado a una paleoindia
(entonces era difícil y ahora es demasiado tarde,
siempre es demasiado tarde, porque sí o por destino,
cuando nos damos cuenta de que moriremos viejos
porque no fuimos amados por los dioses)
y, sin embargo,
hoy es como si la hubiera querido diez años antes del diluvio*
y quisiera escucharle de cuerpo entero esas palabras
que en la gramática de la anatomía se dicen desnudos y acostados,
volviendo cotidiano lo imposible, desarreglando reglas
a fin de que dos puedan morir uno dentro de otro,
haciendo angosta la cópula para que la tumba ocupe poco espacio,
y no como morimos los demás, los todos que morimos solos
como si nos acostáramos largamente a masturbarnos.

*

Y como hubo un tiempo en que no había palabras
vendrá un tiempo en que no habrá palabras:
nos quedarán sólo letras de mano, fonemas de saliva
y una lenta sintaxis para ordenar los miembros
que los demás asuntos desordenan,
por ejemplo la libertad de estar por las piernas a otro encadenado
o retener entre las piernas al que podría liberarse para ir a rodar
bo-cabajo en el sueño.
Pero ¿era ya la poesía?
¿Con qué palabras -separadas del objeto que designan encajaba
la lengua del varón en sus tres quiebras
cuando la madurez del beso le condujo a otras entradas que ignoró su
inocencia?
Y en ese viaje irrenunciable, cuando se desliza o cae al bajoventre
a saludar al día,
o a preguntarle boca a boca a la otra boca como a una virgen
¿te dolió mucho? ¿te moriste?
¿pudo él haberle dicho “acostada te quiero/ horizonte te quiero/
de pie me parece que te irías”?
¿Con qué palabras (“sentí tu corazón/ único hijo/
latir abajo en el velludo territorio”)

acompañaba la mujer temerosa y sabia, con lágrimas de sonido,
el gesto final a que llegó su estatuaria
tras haber ensayado todas las acomodaciones:
los muslos ya amansados, abriéndose para dejar entrar al hombre
-bibulbo en la bivalva vulva-,
sin agua entre la quilla de los vientres
o sin aire entre vientre y grupa,
o para arponeada de semen dejar salir al hijo,
como si cóncava y litúrgica se abandonara a la ola,
desdoncellada por el mar que entonces
levantaba su voz de patriarca no aplacado?
¿Con palabras de qué lengua -sirvienta despertada antes del albasoñaban
monosílabos?
¿Y cómo se decía, si se decía, lengua en esa lengua
para significarse que ambos están atados por la lengua?
¿En qué soñaban el varón al lado de su barca junto al remero
revol-cada
y en qué la mujer junto al remo del varón adormecida?
¿Sueña él acaso cuando la lame y la ama?
(Polvo de un lenguaje que vino a dejar aquí sus restos,
ceremonia ritual de la lengua en el subterráneo sonoro de la nada,
silencio que sacrílego rompo con esta palabrería.)

*

Cuando ciegos o en la sombra la caricia presiente el hueso
al pasar la mano como un pañuelo que enjugara
el movimiento de rotación del hombro,
o en el acto del amor la columna acostada de la nuca al calcañar,
es posible ir encontrando el relieve absoluto
-negación duradera de lo fugaz a que nos aferramos-,
besar las costillas que ignoramos a causa de los pechos,
buscar al fondo de la sagrada convexidad de la cadera
el hueso plano, espejo donde me reconozco,
morder el fémur en donde estuvo el muslo,
tocar al fin por dentro la maquinaria humana
que trepida y no sólo la que suda,
con la misma ternura, el mismo miedo
con que en la desesperada lujuria
uno toca a la mujer, con miedo a que se desvanezca
(mujer siempre de paso),
orgullosa de haberle añadido lentitud al instinto
y, como los descubridores, vamos nombrando regiones, miembros,
diciendo: planicies, hondonadas, colinas, afluentes,
valles, montañas, lago entre dos ramales:
términos sustantivos de una fácil geografía de retórica pereza
porque no conocemos el esqueleto de la mujer sino el paisaje.

*

Arena dije y nada dije sino las cinco letras de su nombre,
nada sino sus sílabas errantes que la brisa mueve
como peces muertos un mar seco que el mar a secas le quitara a dentelladas,
y arrastrada por corrientes de viento o de agua, girando a veces como un
trompo ciego,
la arena se va del mundo, se va al mundo, la llevan y la traen
y regresa concubina a acostarse bajo el polvo,
tapa siempre mal clavada del ataúd del suelo,
y la tierra la traga haciéndola rodar a su tiniebla
donde los que se aman esperan abrazados
bajo esa gris piel ajena que un soplo desharía.
Y cuando el que sabe de estas cosas ha limpiado
con un pincel más liviano que el aliento
tierra, polvo de semen y huesos confundidos
en una sola harina turbia,
nos llevamos en recuerdo del lugar donde yace el amoroso monumento vivo,
algo tangible, por ejemplo valvas donde la arena
se acomodó a descansar anteanoche en otro siglo,
por ejemplo un puñado de esa arena.
Mejor así,
así se nos irá por entre los dedos, caerá a tierra,
volverá a irse a dónde y triste,
dejándonos nuevamente libres para perdonarnos
otra vez nuestro remordimiento.

*

El hombre dejó su palma pronta sobre la voraz tierna hendedura
como para impedir que de allí saliera el alarido
o como quien arranca un ramo de flores por el tallo,
más bien vellos que de tan acariciados
le borrarón las líneas de la mano
(quiromancia superflua, infructuosa profecía al revés
porque el destino que vaticinaba -prohibido envejecer- es pasado cumplido)
y nos quedamos viendo con espanto conmovido, más bien envidia,
esa caricia fundamental,
eternamente larga,
sin intervalos de números, lágrimas, reproches, adjetivos,
de quienes no juraron amarse hasta la llegada del buitre y después del gusano
(era muy pronto todavía,
no se había degradado el lenguaje todavía)

en la erosión de la torpe promesa teatral y embaucadora,
ni el vertiginoso amor se prolongaba en la boba mentira
como el sonido en el silencio),
ni le brindó uno al otro su suicidio sagradamente inútil,
sino que siguen muriendo hasta amarse de veras para siempre.
Qué ganas de empezar de nuevo, de volver a la inicial de la ternura,
diciéndonos que quizás de aquí a diez mil años
seremos tal vez otra vez inocentes,
otra vez humanos, capaces de inventar cada vez la caricia primera,
y hay ganas de convocar a las madres también para que aprendan aunque sea
a deshora
(a las nuestras, las pobres, que tuvieron solamente marido,
que se confesaban, como una culpa, haberse afiebrado por la noche con el
grito vaginal de la vecina,
aquellas a las que cónyuge y cura convencieron de que en ellas
era abertura sólo para que de allí saliera el hijo
lo que en la otra era grieta en que bebía el caminante).
Que venga pues aquí mi madre a quemar sus paños de sangre
viendo por vez primera la caricia que aun arde como zarza ritual.

*

Para hablar de la muerte me levanto temprano,
como un sordomudo al que estorba el silencio.
Para hablar, digamos, del hombre que almacena sus muertos en la tierra,
conductor de exiliados que regresan tenaces al país vertical.
Pero esta vez quién fue -justiciero colérico o asesino envidioso el
sepulturero alcahuete de que hablan los huesólogos
("Estimo que estas personas no recibieron la muerte en ese lugar y en esa
posición, sino más bien que sus cuerpos fueron arreglados en esa pose
evocativa después de la muerte [...]. El brazo derecho del primer individuo está
extendido sobre el cuerpo del otro y una pierna está alzada sobre las del otro,
cubriéndolas."*),
insolente escultor lascivo que concibió el vendaval de dos cuerpos
(de príncipes, sacerdotes o jefes, digo,
porque nadie les regalaría -inventándola- una cópula póstuma a los amantes
pobres).
Me levanto temprano para preguntar, por ejemplo, quién
-¿la tribu, siempre la tribu, otra vez la tribu?-
trajo las siete piedras, de dónde las hizo rodar para ponerlas
en un orden estéril, infructuoso,
puesto que no pudieron impedir que la cabeza del varón pensara en la mujer
después de muerto,
ni que el pecho de la mujer siguiera amándolo con el corazón, como se dice,
y sobre cada sexo piedra
(piedra junto a cada sexo),

castigo por el tabú ya sin candado o cerradura para que el mal, apenas descubierto, no escape hacia afuera contagioso (grave el mal, porque de sexo a sexo era entonces la ternura). Que no venga acá el que nunca pudo anudarse por dentro a otro, porque esto es santuario y oración del deseo, no videocasete pornográfico ni escena de burdel espiada a través de mirillas por los fornicadores los sábados de noche.

*

(He aquí la vejez amargamente lúcida, tristemente impasible al paso de las ancas que en el caderamen del verano antes podían arrastrarte deslumbrado hasta el infierno. He aquí la vejez que se estira la vida un día cada día, como si el cuerpo fuera el mismo de anteayer y se mira sin compasión ni odio las bielas ya gastadas y la carne presa en cárceles de sueño y de camisa. A qué querer vivir sólo para sobrevivirse, ni como obstruir las fisuras de nuestra propia estatua trizada al trasladarla desde el paraíso donde, desnuda, duplicada, era su orgullo someterse a los códigos carnales. Pero la proximidad de la última grieta acogedora, esta conciencia de precadáver, que es lo mismo, nos hace envidiar, porque no resucitamos a tiempo, el amor apegado a la muerte, condecorándose uno al otro, y ambos mereciéndose.)

*

Entendámonos:

vivo en un mundo de viejas con sombrero en automóviles sucesivos, mientras al que espera el autobús a la lluvia otros empujan, vivo cerca de un ciego que va con su perro a la carnicería, soy tributante y ciudadano, estoy gastado y eso se ve en la fatiga con que entran mis ojos cada día en mis zapa-tos; vivo en una época de píldoras para dormir y adelgazar, para tranquilizarse y morir a domicilio, de plásticos y de pieles, de corbatas y conservas y de una basura mundial que vaga de ola en ola en ola errante, época en que se puede morir del corazón sin haber amado y en que ya nadie muere amando en la literatura, época de maridos como policías, puntuales como cobradores. Por eso, cuando digo amor en cualquier idioma,

es como si hablara una lengua diferente
y no saben y buscan y me indican,
en la ciudad que llevan doblada en el bolsillo, para cuando se ofrezca,
dentro de un círculo rojo un banco donde hay un espectáculo obsceno
automático,
con crédito y cajero diferido.
Entonces vengo a la península como a un océano de lija
y aquí me resucita la ternura
(“Aparentemente un individuo protegía al otro, cubriéndole la cabeza con su
brazo. El otro individuo yace con la cara un poco hacia abajo y virada hacia el
primer individuo.”*)
la cabeza hasta hace poco besada, hueso de lo que fue labio y sonrisa,
la mano detenida en un gesto de pavor (¿intuición del cuchillo?)
o en camino a la caricia, ya con nostalgia
del dulce dolor irreplicable del despetalamiento.
Pero no hay peligro de que cambiemos:
los restos de lo que fueron nalgas sagradas y sacrílegas
están de nuevo sepultados bajo una basura traída por visitantes y curiosos,
y donde admiramos el antiguo monumento de hueso a la carne
hay arañas y cucarachas pegajosas de hoy arrastradas por las inundaciones,
y en torno a la tumba, en vez de sábanas,
papeles de sandwiches, botellas de cerveza, escupitajos, chicle
-es posible que pronto venga también un perro y confunda
los escombros de esta batalla de esponsales
con los restos de un festín ritual cuyos huesos
los comensales hubieran escupido al suelo-,
para que no olvidemos que esto somos y en esto nos convertiremos.
O sea que mañana volveremos a ser nosotros mismos:
otra vez ciudadanos,
contribuyentes,
pornográficos
pragmáticos,
escépticos.
Difuntos.

Cita:

*.- Cita sobre la colocación de los cuerpos, en Karen E. Stother, *Informe preliminar*, traducción de Julio Estrada Ycaza, Guayaquil, Museo Antropológico de la Sucursal Mayor del Banco Central, 1977, p. 18.

Datos vitales

Jorge Enrique Adoum (Ambato, 29 de junio de 1926 – Quito, 3 de julio de 2009) fue un escritor, político, ensayista y diplomático ecuatoriano. Hijo del también escritor de temas ocultistas y esotéricos Jorge Adoum (Mago Jefa), nacido en el Líbano y emigrado a América Latina. Entre sus mayores y más conocidos éxitos se encuentra la novela *Entre Marx y una mujer desnuda*, publicada en 1976. Dicha novela fue llevada al cine en 1996 por el realizador ecuatoriano Camilo Luzuriaga. Su obra siempre ha tratado temas sociales y por ella fue nominado al Premio Cervantes. Sus estudios secundarios los realizó en el Instituto Nacional Mejía de la ciudad de Quito. Hizo sus estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad Central del Ecuador y los terminó en la Universidad de Santiago, Chile. En esa ciudad fue, durante cerca de dos años, secretario privado de Pablo Neruda, quien aseguró alguna vez que Ecuador tenía al mejor poeta de América Latina, refiriéndose a Adoum, que entonces tenía apenas 26 años. A su regreso a Ecuador en 1948, ocupó cargos diversos en la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En 1949 publicó su primer libro *Ecuador amargo*, que fue comentado por Neruda y Carlos Drummond de Andrade. En 1952, con los dos primeros volúmenes de *Los cuadernos de la tierra* obtuvo el Premio Nacional de Poesía de Ecuador. Fue redactor cultural del “Diario del Ecuador”, de Quito, colaborador de numerosas revistas latinoamericanas de cultura y profesor de literatura en diversas instituciones. Publicó otros libros de poesía, entre ellos *Notas del hijo pródigo* (1953) y *Relato del extranjero* (1955), y uno de ensayos críticos *Poesía del siglo XX*, que abarca estudios sobre Paul Valéry, Rainer María Rilke, César Vallejo, entre otros. En 1960 obtuvo con su *Dios trajo la sombra*, tercer volumen de los cuadernos de la tierra, el premio de poesía en el primer Concurso de la Casa de las Américas de la Habana. Luego publicó el cuarto volumen, *El dorado y las ocupaciones nocturnas*. En noviembre de 1961 fue nombrado Director Nacional de Cultura, cargo que ocupó hasta 1963, en el marco del Programa Principal de la Unesco para el conocimiento de los valores culturales de Oriente y Occidente. Viajó a Egipto, India, Japón e Israel. Luego de un golpe militar en Ecuador se instaló en París, donde fue, sucesivamente, lector de literatura en español, portugués y catalán para las ediciones Gallimard, periodista de la Radio y Televisión de Francia y traductor de la ONU y la OIT en Ginebra –donde en 1969 estrenó en francés, su obra de teatro *El sol bajo las patas de los caballos*, traducida a seis lenguas y representada en numerosos países de Europa y América. Volvió a París como miembro del comité de redacción del Correo de la Unesco hasta junio de 1987. En 1973 publicó en Madrid, *Informe personal sobre la situación*, en México, en 1976 la novela *Entre Marx y una mujer desnuda* –que ese año obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia, otorgado por primera vez a un escritor extranjero no residente en ese país. En 1979 publica en Barcelona su libro de poesía *No son todos los que están*. Ese mismo año apareció una nueva obra de teatro *La subida a los infiernos*, publicada en alemán antes que en español. Regresó a su país en 1987. Dos años después se le concedió el Premio Nacional de Cultura Eugenio Espejo, la más alta recompensa cultural del gobierno ecuatoriano, por el conjunto de su obra. Otras publicaciones suyas son: *Sin ambages –textos y contextos* (Ensayo, 1989), *El tiempo y las palabras* (1992), *El amor desenterrado y otros poemas* (1993), una nueva novela *Ciudad sin ángel* (México, 1995) –que ese año fue finalista del Premio Rómulo Gallegos de Venezuela–, *Los amores fugaces* (Memorias imaginarias) (Quito 1998); *Ecuador: Señas particulares* (Quito 1998); un monumental estudio *Guayasamín, el hombre, la obra, la crítica*, publicado en Nuremberg en 1998 y una antología de su obra poética *...ni están todos los que son* (Quito 1999). En 1996 se estrenó con éxito en Ecuador la película *Entre Marx y una mujer desnuda*, basada en su novela homónima. En 1994 fue nombrado Profesor Honorario de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (República Dominicana). Posteriormente publicó *De cerca y de memoria, recuerdos de lecturas, autores y lugares*, recogiendo anécdotas sobre diversos escritores, pintores, políticos y otras figuras de la cultura latinoamericana. Tradujo al español la poesía de T.S. Elliot, Langston Hughes, Jacques

Prévert, Yannis Ritsos, Vinícius de Moraes, Nazım Hikmet, Fernando Pessoa, Joseph Brodsky, y Seamus Heaney. En julio del 2005 fue jurado del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en Venezuela. También, en el 2005 fue postulado al premio Cervantes, considerado como el galardón más importante para un escritor de habla hispana. Por otro lado, Adoum se desempeñó como traductor en la Unesco, en París. El viernes 3 de julio de 2009 falleció a la edad de 83 años por un paro cardiorrespiratorio. Sus restos fueron enterrados junto a la tumba del artista plástico ecuatoriano Oswaldo Guayasamín, en el Árbol de la Vida ubicado en la Capilla del Hombre, en Quito.

EL AMOR DESENTERRADO

Te hubiera amado diez años antes del diluvio

Andrew Marvell

*Para hablar del alma
despierto temprano. No es fácil dormir en verano.*

Peter Levi

*...monumento más de América que la fortaleza de Machu Picchu
o las pirámides del Sol y de la Luna.*

Eduardo Galeano

La Dra. Karen E. Stothert, profesora de la Universidad de Fordham, en Bronx, Nueva York, acompañada de Paula Rogasner, de la Universidad de Guayaquil, y de Eugenia Rodríguez, Marcelo Villalba e Iván Cruz, de la Universidad Católica de Quito, con los auspicios del Museo Arqueológico del Banco Central del Ecuador, descubrió en la península de Santa Elena, provincia del Guayas, un cementerio paleoindio -el más antiguo del Ecuador y uno de los primeros de América (8.000 a. C.)- con varias clases de entierros y de ofrendas. Un excepcional hallazgo fue el de los llamados "amantes de Sumpa": dos esqueletos ligados en actitud amorosa sobre los cuales se han colocado algunas piedras, al parecer después de su muerte.

De los periódicos

...porque en el paleolítico debo haber sido muy niño todavía,
preguntón, curioso y lleno de presagios del ser tercero que forman dos
personas mayores
cuando se encierran con llave o con la noche
y la tierra hubiera esperado diez mil años hasta que yo crezca y comprenda
para mostrarme ahora a la intemperie esto:
la primera pareja como dos palabras juntas
con un breve vacío donde estuvo un día el guión varonil
(hembra la conjunción copulativa),
anudados hasta hoy, amor fosilizado, estatua viva encajonada,
mientras nosotros, voyeurs del siglo xx, viejos a cualquier edad, con nuestro
muerto amor a cuestras,
removiendo tablonos, telas de nylon, piedras que las sostienen,

y acostándonos junto a ellos para atisbar la inmodesta y duradera amarra
que no acaba jamás en estallido,
nos hundimos el corazón para que no se avergüence
frente a ese amor que existe todavía
en estos esqueletos de anteayer en los que yace
igual que la ternura que cayó de la caricia al hueso.

*

Como si corriera hacia atrás, cayendo y tropezando, o también hacia abajo,
en busca del primer gesto con que empezó la interminable sucesión de cuerpos
que arracima el delirio
y me encontrara con esta lección de barroca arquitectura ósea que echó a
perder la historia
o, psicoanalista de la tierra, indagando en qué capa, a qué profundidad del
tiempo
vinieron a incrustarse estas conchas llenas de arena
como la oreja de una bañista acostada en la playa.
Quizás la mar (ya sólo olor distante de mujer la mar),
ahora penetrada por una lengua de arenoso territorio,
alargaba entonces sus brazos para tocar esta axila de ceniza
(hace siglos tal vez bajo estas dunas de espinas y petróleo
hubo una tierra verde donde llovió como iba a llover en el Antiguo Testamento
y no volvió a llover jamás vaciado para siempre el cielo)
y aquí se lavaba la mujer apegada al varón antes del gozo y después del
sueño.

*

Huesos de recién nacido o de recién muerto hace tiempo:
con esto puedo imaginar qué poco basta
para formar dos cuerpos y hacer visible su sentido,
qué poco también para dos muertes juntas.
Yo he sufrido semanas de diez días y años de catorce meses
pero estos siglos fueron cortos:
aún nos quedan pétalos de las costillas, juncos los de las piernas,
-lo que nos resta de la tempestad corpórea
cuando el viento junta lo que dispersó el viento-,
reprochándonos nuestra culpabilidad de seguir vivos
estos amorosos caídos juntos en la refriega contra el deseo,
como si el frotamiento de la piel con la piel les hubiera desnudado,
pedazos de una luna creciente y otra menguante
ensamblados por una complicidad secreta de su movimiento,
radiografía de lo que fuimos y debimos seguir siendo.
Por esa perennidad del cuerpo, perennidad del acto,

¿era ya el amor que desaprendimos con el tiempo y que hoy ya no es o no es todavía?

¿qué pasó entre el amor y nosotros, qué río agrio o fuego frío?

¿se era entonces hombre y mujer para ser ser completo cuando aun no era cacería la pareja?

¿se escogía (“quiero morir contigo”) a la persona con la que uno iba a vivir toda la muerte, náufragos intrusos en el subsuelo para ver desde abajo cómo anda el pobrecito amor fugaz en el país de arriba, y quedarse así embisagrados, oyéndose para siempre el último parpadeo, viéndose para siempre el último latido, condenados a morir a amor lento sin los tristes despueses del desacoplamiento?

*

Echado a perder por los siglos de mi época y los años de mi culpa
¿debo imaginar encuentros de una inocencia clandestina contra propietarios de mujeres antes que de ganado, o una conspiración de ángeles jóvenes contra hechiceros, caciques, policías?
o en la geometría de la pasión ¿sólo una lujuria marginal y loca (porque antes de nosotros la cópula era secreta)
y en lugar de la lenta y torpe carpintería conyugal de apuntalamiento (cuando uno se desviste y por vez primera se observa cada noche en la piel la vejez que envejece para amanecer a la decrepitud del día), caricias borrascosas para ganarle tiempo al orden? (y la venganza de esa unión viene durando más que el orden que los mató y que este otro orden que nos mata todavía)
¿o era ya subversiva la ternura? ¿era ya ahora, desde siempre como siempre, siempre contra el amor la tribu (y nosotros formando parte de la tribu) porque siempre la pareja es minoría?

*

Cuál de los dos murió primero
callando ante la verdad de los cuerpos que dialogan en esta antigua tragedia anterior a la tragedia antigua, porque cómo se hace -avisen, habría que decírselo a todos para morir juntos sin desclavarse, interminable hazaña nupcial no repetida porque desde entonces ya no supimos cómo.

Cuál pudo ver en el otro, espiándole por partes, la agonía,
en qué momento se truncó el arco que describe el deseo
antes de terminar con el vencedor besando agradecido la ingle en despedida
y quedarse así con la pierna detenida para siempre en el viaje a la
entrepierna

(lentitud de quienes adueñándose del gozo se adueñaron del tiempo)
por donde pasa el viento áspero de la península con sus toallas de arena
cada mañana después de cada noche de ese ensayo general de los actos del
acto.

(¿O fue un acto inacabado,
palabra que la muerte detuvo en la primera sílaba,
tantas veces repetida por nosotros hasta ahora y tartamuda,
creyendo cada vez que es una muerte pequeña,
contentos como quienes bailan esas danzas
cuyo origen ritual han olvidado?)

Amaos por favor, seguid amándoos
vorazmente insatisfechos por los siglos de los siglos de los siglos,
no desateis la inicial inmemorial amarra
porque qué nos restaría de esta amorosa e insolente estatua,
ni cómo iríamos a comprobar que alguien se amaron
si de pronto estos huesos polvo fueran,
deshaciéndose en la tardía sacudida del espasmo
cien siglos después de haber comenzado apenas a tocarse con los dedos los
labios
y nos quedáramos así sin pruebas
de que existió la eternidad un día.

*

Quién era, se llamaba cómo
esta pequeña embarazada de muerte y no de esperma
en la feroz ecuación alucinada: hacerle el amor = hacerla morir,
joven que amamantó al adolescente de la costa,
cuando el deseo la hacía desearse
abrazada a su sueño como en un adulterio,
sin que ninguno de los dos hubiera tenido tiempo
de amontonar rencor u olvido para otro día.
Yo nunca había amado a una paleoindia
(entonces era difícil y ahora es demasiado tarde,
siempre es demasiado tarde, porque sí o por destino,
cuando nos damos cuenta de que moriremos viejos
porque no fuimos amados por los dioses)
y, sin embargo,
hoy es como si la hubiera querido diez años antes del diluvio*
y quisiera escucharle de cuerpo entero esas palabras
que en la gramática de la anatomía se dicen desnudos y acostados,
volviendo cotidiano lo imposible, desarreglando reglas

a fin de que dos puedan morir uno dentro de otro,
haciendo angosta la cópula para que la tumba ocupe poco espacio,
y no como morimos los demás, los todos que morimos solos
como si nos acostáramos largamente a masturbarnos.

*

Y como hubo un tiempo en que no había palabras
vendrá un tiempo en que no habrá palabras:
nos quedarán sólo letras de mano, fonemas de saliva
y una lenta sintaxis para ordenar los miembros
que los demás asuntos desordenan,
por ejemplo la libertad de estar por las piernas a otro encadenado
o retener entre las piernas al que podría liberarse para ir a rodar
bo-cabajo en el sueño.
Pero ¿era ya la poesía?
¿Con qué palabras -separadas del objeto que designan encajaba
la lengua del varón en sus tres quiebras
cuando la madurez del beso le condujo a otras entradas que ignoró su
inocencia?
Y en ese viaje irrenunciable, cuando se desliza o cae al bajoventre
a saludar al día,
o a preguntarle boca a boca a la otra boca como a una virgen
¿te dolió mucho? ¿te moriste?
¿pudo él haberle dicho “acostada te quiero/ horizonte te quiero/
de pie me parece que te irías”?
¿Con qué palabras (“sentí tu corazón/ único hijo/
latir abajo en el velludo territorio”)
acompañaba la mujer temerosa y sabia, con lágrimas de sonido,
el gesto final a que llegó su estatuaria
tras haber ensayado todas las acomodaciones:
los muslos ya amansados, abriéndose para dejar entrar al hombre
-bibulbo en la bivalva vulva-,
sin agua entre la quilla de los vientres
o sin aire entre vientre y grupa,
o para arponeada de semen dejar salir al hijo,
como si cóncava y litúrgica se abandonara a la ola,
desdoncellada por el mar que entonces
levantaba su voz de patriarca no aplacado?
¿Con palabras de qué lengua -sirvienta despertada antes del albasoñaban
monosílabos?
¿Y cómo se decía, si se decía, lengua en esa lengua
para significarse que ambos están atados por la lengua?
¿En qué soñaban el varón al lado de su barca junto al remero
revol-cada
y en qué la mujer junto al remo del varón adormecida?
¿Sueña él acaso cuando la lame y la ama?
(Polvo de un lenguaje que vino a dejar aquí sus restos,

ceremonia ritual de la lengua en el subterráneo sonoro de la nada,
silencio que sacrílego rompo con esta palabrería.)

*

Cuando ciegos o en la sombra la caricia presiente el hueso
al pasar la mano como un pañuelo que enjugara
el movimiento de rotación del hombro,
o en el acto del amor la columna acostada de la nuca al calcañar,
es posible ir encontrando el relieve absoluto
-negación duradera de lo fugaz a que nos aferramos-,
besar las costillas que ignoramos a causa de los pechos,
buscar al fondo de la sagrada convexidad de la cadera
el hueso plano, espejo donde me reconozco,
morder el fémur en donde estuvo el muslo,
tocar al fin por dentro la maquinaria humana
que trepida y no sólo la que suda,
con la misma ternura, el mismo miedo
con que en la desesperada lujuria
uno toca a la mujer, con miedo a que se desvanezca
(mujer siempre de paso),
orgulloso de haberle añadido lentitud al instinto
y, como los descubridores, vamos nombrando regiones, miembros,
diciendo: planicies, hondonadas, colinas, afluentes,
valles, montañas, lago entre dos ramales:
términos sustantivos de una fácil geografía de retórica pereza
porque no conocemos el esqueleto de la mujer sino el paisaje.

*

Arena dije y nada dije sino las cinco letras de su nombre,
nada sino sus sílabas errantes que la brisa mueve
como peces muertos un mar seco que el mar a secas le quitara a dentelladas,
y arrastrada por corrientes de viento o de agua, girando a veces como un
trompo ciego,
la arena se va del mundo, se va al mundo, la llevan y la traen
y regresa concubina a acostarse bajo el polvo,
tapa siempre mal clavada del ataúd del suelo,
y la tierra la traga haciéndola rodar a su tiniebla
donde los que se aman esperan abrazados
bajo esa gris piel ajena que un soplo desharía.
Y cuando el que sabe de estas cosas ha limpiado
con un pincel más liviano que el aliento
tierra, polvo de semen y huesos confundidos
en una sola harina turbia,

nos llevamos en recuerdo del lugar donde yace el amoroso monumento vivo,
algo tangible, por ejemplo valvas donde la arena
se acomodó a descansar anteanoche en otro siglo,
por ejemplo un puñado de esa arena.

Mejor así,
así se nos irá por entre los dedos, caerá a tierra,
volverá a irse a dónde y triste,
dejándonos nuevamente libres para perdonarnos
otra vez nuestro remordimiento.

*

El hombre dejó su palma pronta sobre la voraz tierna hendedura
como para impedir que de allí saliera el alarido
o como quien arranca un ramo de flores por el tallo,
más bien vellos que de tan acariciados
le borraron las líneas de la mano
(quiromancia superflua, infructuosa profecía al revés
porque el destino que vaticinaba -prohibido envejecer- es pasado cumplido)
y nos quedamos viendo con espanto conmovido, más bien envidia,
esa caricia fundamental,
eternamente larga,
sin intervalos de números, lágrimas, reproches, adjetivos,
de quienes no juraron amarse hasta la llegada del buitre y después del gusano
(era muy pronto todavía,
no se había degradado el lenguaje todavía
en la erosión de la torpe promesa teatral y embaucadora,
ni el vertiginoso amor se prolongaba en la boba mentira
como el sonido en el silencio),
ni le brindó uno al otro su suicidio sagradamente inútil,
sino que siguen muriendo hasta amarse de veras para siempre.
Qué ganas de empezar de nuevo, de volver a la inicial de la ternura,
diciéndonos que quizás de aquí a diez mil años
seremos tal vez otra vez inocentes,
otra vez humanos, capaces de inventar cada vez la caricia primera,
y hay ganas de convocar a las madres también para que aprendan aunque sea
a deshora
(a las nuestras, las pobres, que tuvieron solamente marido,
que se confesaban, como una culpa, haberse afiebrado por la noche con el
grito vaginal de la vecina,
aquellas a las que cónyuge y cura convencieron de que en ellas
era abertura sólo para que de allí saliera el hijo
lo que en la otra era grieta en que bebía el caminante).
Que venga pues aquí mi madre a quemar sus paños de sangre
viendo por vez primera la caricia que aun arde como zarza ritual.

*

Para hablar de la muerte me levanto temprano,
como un sordomudo al que estorba el silencio.
Para hablar, digamos, del hombre que almacena sus muertos en la tierra,
conductor de exiliados que regresan tenaces al país vertical.
Pero esta vez quién fue -justiciero colérico o asesino envidioso el
sepulturero alcahuete de que hablan los huesólogos
("Estimo que estas personas no recibieron la muerte en ese lugar y en esa
posición, sino más bien que sus cuerpos fueron arreglados en esa pose
evocativa después de la muerte [...]. El brazo derecho del primer individuo está
extendido sobre el cuerpo del otro y una pierna está alzada sobre las del otro,
cubriéndolas."*),
insolente escultor lascivo que concibió el vendaval de dos cuerpos
(de príncipes, sacerdotes o jefes, digo,
porque nadie les regalaría -inventándola- una cópula póstuma a los amantes
pobres).
Me levanto temprano para preguntar, por ejemplo, quién
-¿la tribu, siempre la tribu, otra vez la tribu?-
trajo las siete piedras, de dónde las hizo rodar para ponerlas
en un orden estéril, infructuoso,
puesto que no pudieron impedir que la cabeza del varón pensara en la mujer
después de muerto,
ni que el pecho de la mujer siguiera amándolo con el corazón, como se dice,
y sobre cada sexo piedra
(piedra junto a cada sexo),
castigo por el tabú ya sin candado o cerradura para que el mal, apenas
descubierto, no escape hacia afuera contagioso
(grave el mal, porque de sexo a sexo era entonces la ternura).
Que no venga acá el que nunca pudo anudarse por dentro a otro,
porque esto es santuario y oración del deseo,
no videocasete pornográfico ni escena de burdel
espiada a través de mirillas por los fornicadores los sábados de noche.

*

(He aquí la vejez amargamente lúcida, tristemente impasible
al paso de las ancas que en el caderamen del verano
antes podían arrastrarte deslumbrado hasta el infierno.
He aquí la vejez que se estira la vida un día cada día,
como si el cuerpo fuera el mismo de anteaer
y se mira sin compasión ni odio las bielas ya gastadas
y la carne presa en cárceles de sueño y de camisa.

A qué querer vivir sólo para sobrevivirse,
ni como obstruir las fisuras de nuestra propia estatua
trizada al trasladarla desde el paraíso donde, desnuda, duplicada,
era su orgullo someterse a los códigos carnales.
Pero la proximidad de la última grieta acogedora,
esta conciencia de precadáver, que es lo mismo,
nos hace envidiar, porque no resucitamos a tiempo,
el amor apegado a la muerte,
condecorándose uno al otro,
y ambos mereciéndose.)

*

Entendámonos:

vivo en un mundo de viejas con sombrero en automóviles sucesivos,
mientras al que espera el autobús a la lluvia otros empujan,
vivo cerca de un ciego que va con su perro a la carnicería,
soy tributante y ciudadano, estoy gastado
y eso se ve en la fatiga con que entran mis ojos cada día en mis zapa-tos;
vivo en una época de píldoras para dormir y adelgazar, para tranquilizarse y
morir a domicilio,
de plásticos y de pieles, de corbatas y conservas
y de una basura mundial que vaga de ola en ola en ola errante,
época en que se puede morir del corazón sin haber amado
y en que ya nadie muere amando en la literatura,
época de maridos como policías, puntuales como cobradores.
Por eso, cuando digo amor en cualquier idioma,
es como si hablara una lengua diferente
y no saben y buscan y me indican,
en la ciudad que llevan doblada en el bolsillo, para cuando se ofrezca,
dentro de un círculo rojo un banco donde hay un espectáculo obsceno
automático,
con crédito y cajero diferido.
Entonces vengo a la península como a un océano de lija
y aquí me resucita la ternura
(“Aparentemente un individuo protegía al otro, cubriéndole la cabeza con su
brazo. El otro individuo yace con la cara un poco hacia abajo y virada hacia el
primer individuo.”*)
la cabeza hasta hace poco besada, hueso de lo que fue labio y sonrisa,
la mano detenida en un gesto de pavor (¿intuición del cuchillo?)
o en camino a la caricia, ya con nostalgia
del dulce dolor irrepitable del despetalamiento.
Pero no hay peligro de que cambiemos:
los restos de lo que fueron nalgas sagradas y sacrílegas
están de nuevo sepultados bajo una basura traída por visitantes y curiosos,
y donde admiramos el antiguo monumento de hueso a la carne
hay arañas y cucarachas pegajosas de hoy arrastradas por las inundaciones,

y en torno a la tumba, en vez de sábanas,
papeles de sandwiches, botellas de cerveza, escupitajos, chicle
-es posible que pronto venga también un perro y confunda
los escombros de esta batalla de esponsales
con los restos de un festín ritual cuyos huesos
los comensales hubieran escupido al suelo-,
para que no olvidemos que esto somos y en esto nos convertiremos.
O sea que mañana volveremos a ser nosotros mismos:
otra vez ciudadanos,
contribuyentes,
pornográficos
pragmáticos,
escépticos.
Difuntos.

CITA:

*.- Cita sobre la colocación de los cuerpos, en Karen E. Stother, *Informe preliminar*, traducción de Julio Estrada Ycaza, Guayaquil, Museo Antropológico de la Sucursal Mayor del Banco Central, 1977, p. 18.

El quiteño Miguel Molina Díaz nos presenta una muy interesante entrevista con el recientemente desaparecido Jorge Enrique Adoum (Ambato, 1926-Quito, 2009), poeta fundamental de la poesía ecuatoriana y latinoamericana.

De ti naci y a ti vuelvo, arcilla, vaso de barro, con mi muerte yago en ti, en tu polvo enamorado. Son los versos de la estrofa de Jorgenrique Adoum en la canción “vasija de barro”. El Turco Adoum, uno de los escritores ecuatorianos más prominentes de todos los tiempos, después de haber vivido enamorado de la literatura, la creación, las causas sociales y la poesía, fue enterrado en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro, como era su voluntad, junto a su amigo entrañable, Oswaldo Guayasamín.

Pero fue el 12 de mayo pasado, 52 días antes de su partida, cuando el maestro Adoum me respondió una entrevista en la cual comprendí que él no podría morir jamás, su trascendencia legendaria quedará para siempre y él allí. Adoum no pretendía parecer sabio, era un hombre sencillo y agradecido, su modesta voz cargaba el peso de sus más de ochenta años pero sus palabras inspiraban la fuerza de una juventud que en él era eterna. Quedé en comunicarle los detalles sobre la publicación de la entrevista y él, con la tranquilidad que lo caracterizaba, me escribió: “espero que sea del agrado de ustedes”.

Así era Jorgenrique Adoum, un eterno enamorado, un cazador de utopías, con cuyos ideales dio sentido a las palabras y luchó por hacer realidad los sueños. Por eso lo recuerdo con la vitalidad del día que respondió a mis preguntas.

-¿Cuál es el tema o temas de Jorgenrique Adoum al momento de escribir?

-Depende del momento, pues es el que impone el tema. Pero en todos los textos se refiere de alguna manera a Ecuador.

-¿Considera que ha logrado crear un personaje inolvidable?

-No. Tengo solo dos novelas y un libro de novelas cortas que son los géneros en que puede darse esa posibilidad. No he buscado, ni se me ha ocurrido nunca crear un personaje inolvidable.

-¿Por qué y para qué escribe Jorgenrique Adoum?

-Porque es inevitable y para seguir vivo.

-¿Qué es lo más difícil que le resulta al momento de escribir?

-Encontrar las palabras precisas para cada tema.

-¿Cuándo empezó a hacer poesía tenía algún modelo de escritor al que quería imitar?

-Nunca, ni siquiera en esa época, traté de imitar a alguien.

-¿En alguno de sus personajes u obras se puede ver reflejado Jorge Enrique Adoum?

-En todos y en todas. Tienen siempre algo de autobiografía, algo de confesión.

-¿Escribe o intenta escribir pensando en el libro que le gustaría leer?

-No. Pienso, más bien, en el libro que me gustaría escribir.

-¿Cuál fue el momento más difícil que tuvo que enfrentar como escritor?

-Cada vez que comienza a obsesionarme una idea, que no puedo evadir, y debo decidir la forma que he de darle y encontrar las primeras palabras.

-¿Considera que la literatura puede cambiar los esquemas de una sociedad?

-Creo que sí, siempre lo ha hecho, a tal punto que parecería ser su objetivo principal.

-¿Qué es lo más trascendental que le dejó su amistad con Pablo Neruda?

-La certeza de que yo estaba en el camino correcto.

-¿Siente temor por la crítica?

-Ningún temor: me da lo mismo que sea elogiosa o negativa, leerla o no leerla. Y eso desde la edad de 14 años.

-¿Cómo se siente Jorgenrique Adoum con su labor literaria de más de 50 años?

-Sigo buscando el libro que no he podido escribir desde hoy, ése que justificaría mi existencia.

-¿Qué significa para usted la medalla "Alejo Carpentier" que le otorgaron en La Habana?

-Como todos los actos de esa índole, me pareció inmerecido. Pero ése lo atribuí, como era lógico, a la amistad que hubo entre los dos.

-¿A qué atribuye que sus obras tengan notoriedad internacional?

-¿Cree usted que la tienen?

-¿En qué proyecto está trabajando actualmente?

-Estoy corrigiendo *De cerca y de memoria* y reescribiendo *Ecuador: señas particulares*. Esas dos tareas se han interpuesto en mi trabajo habitual.

-Los índices de lectura en el Ecuador son notablemente inferiores a los de otros países, ¿a qué le atribuye usted esta falta de gusto por la lectura?

- A la falta de conocimiento de la lectura y todo lo que ella aporta. Y de esto son responsables los padres de familia y los profesores que, a su vez, sufrieron de lo mismo por las mismas causas.

-¿Cree usted que los jóvenes del país leen y conocen literatura ecuatoriana?

-No. Ni la ecuatoriana ni ninguna otra.

-¿Cree usted que desde los colegios se está impulsando la lectura como medio expresión y adquisición de conocimientos?

-No

-¿Cuáles son los impulsos que faltan y de qué sectores para que los escritores ecuatorianos puedan publicar sus obras?

-Creo que corresponde a todas las instituciones favorecer la edición de libros, porque es una situación de emergencia. Cierta vez que el Ministerio de Gobierno había ayudado a una editorial que publicó, junto a otros, un libro mío, un fiscal de la república dijo que eso era

como si el Ministerio de Relaciones Exteriores construyera una carretera... Al parecer, tal ha sido la concepción general en esta materia...

-Finalmente, ¿qué consejo daría a los jóvenes que desean iniciarse como escritores?

-Desconfío de quienes quieren ser escritores, me interesan los que quieren escribir, que no es lo mismo. No suelo dar consejos a nadie pero, en este caso les diría que aprovechen cada momento que les deje libre otras tareas, para leer y escribir.

Datos vitales

Miguel Molina Díaz es vocero y representante oficial de la escuela de líderes Ecuador, organización de jóvenes reconocida por el COMPINA y por la OMS. Estudio en el Colegio SEK- Los Valles, del cual ha sido representante estudiantil en varias ocasiones. Es editorialista de la Revista Cosmo Valles.

****Estimado compañero Miguel:** Me alegra poder enviar la entrevista con mi respuesta dos días antes del plazo (15 de mayo) que usted me dio cuando hablamos por teléfono. Espero que sea del agrado de usted. Espero que me acuse recibo. Les deseo éxito. Va un abrazo a los compañeros que trabajan en la tarea de la revista y otros, mas estrecho, para usted.

Jorgenrique

Podría ser también

Un bar. De noche, es evidente

Podría ser también un cabaret o un teatro.

Música de piano. O un bandoneón. Quizás una guitarra.

Tal vez, también, una canción. Depende:

Un tango, un bolero, una nostalgia griega, algo impalpable, como un blues, inalcanzable como los muslos de esa muchacha de Venecia que te mira desde el fondo de tu vaso.

Recordar, cuando uno es o esta solo, duele más

Que imaginar: eso es lo que queremos demostrar.

El micrófono aumente la verdadera voz, la ausencia:

se trata del viaje a una mujer como a una ciudad a la que no se llega por invisible, por distante.

Y si uno llegara y estuviera allí, en ella, va a tratarse, con esa música, de una separación que será para siempre, como siempre.

¿A quien culpar? ¿Son destino el país que no tuviste, la mujer en la que no encontraste?

una compañía -cualquiera- más o menos conyugal,

o recién hallada, digo más o menos duradera,

nunca la querida no buscada, nunca la presentida,

destruiría esa sensación agridulce o dulceamarga
de lo que no es, lo que no fue, sin que importen
la voz o el rostro que le pertenecen,
tampoco la edad que sus piernas sostienen:
lo que no puede ser por que si no fuera no sería.
En el fondo dolería que no doliera.
Incluso que no doliera más de lo que duele.

Jamlet quiere hacer una pregunta que espera no incomodar a los lectores y amigos
ecuatorianos: ¿cuántos escritores, poetas, dramaturgos ecuatorianos conocen?
Seguramente sus respuestas fueron estas: ninguno o “uno que otro”, sin poder mencionar
ningún nombre.

Bueno, pues este 3 de julio, a ocho años de su muerte, este Inculto quiere recomendarles la
obra de –quizá– el mejor poeta ecuatoriano hasta ahora: **Jorge Enrique Adoum**.

Adoum fue, además de escritor, político y diplomático que llevó la cultura de su país a lugares
a los que nunca había llegado.

Fue secretario privado de **Pablo Neruda**, quien dijo que Adoum era “**el mejor poeta de
América Latina**” cuando éste apenas tenía 26 años.

Su obra abarca no solo poesía, sino también obras de teatro y ensayos que marcaron la vida
cultural y política de Ecuador.

Amigos jamletianos, la próxima vez que alguien les pregunte ¿cuántos escritores, poetas,
dramaturgos ecuatorianos conocen?, ahora ya saben que contestar: “Al más grande... a
Adoum”

A continuación, les compartimos cinco poemas de su autoría.

Fugaz retorno

La cocina estaba todavía salpicada
de harina y oraciones; la nodriza
arropaba al fantasma de la noche,
buscaba el itinerario de las naves
que trajeran de regreso a un vagabundo.

Habían enmohecido las imágenes, envejecido
el ruido. En las grandes tinajas
el eco de voces conocidas repetía
la cuenta del dinero. Se hablaba
de adulterios cercanos, de inversiones.

“Hay afuera un día de luz, de humana
paz y de manzanas. Hay canciones y avanza
una multitud que vive y crece. De ella
es el reino del futuro. El que sea digno
ahora merecerá ese día y será amado.
Yo sé qué hora es, cómo me llamo, a dónde
voy lleno de orgullo y de noticias.
Y no estaré mucho tiempo entre vosotros”.

No hubo sacrificio de vino o de cordero.
La madre, entre dos lágrimas severas,

me habló por mi bien, me indicó bondadosa
el buen camino, preguntó si tenía otro sombrero.
Mas mi hermano, el que solía fabricar delgadas
flautas para acompañar el canto de los sembradores
y que aún temía la dureza de la herencia
y la mirada del búho como un sacerdote,
no pudo dormir.

“Yo quiero merecer
el amor que tú has visto. ¿Cuándo
es la felicidad?”

“Mañana”.

Y corrimos, como dos fugitivos, hasta
la dura orilla donde se deshacían
las estrellas. Los pescadores nos hablaron
de victorias sucesivas en provincias cercanas.
Y nos mojó los pies una espuma del alba,
llena de raíces nuestras y de mundo.

El perseguido

¿Es posible que esto sea toda
la historia, solo un día? ¿Una noticia
de ayer, perdida en la penúltima
página, la cotización caída ?

Te cobran por la fuerza, los arriendos
vencidos de la tierra, te cobran por las cosas
que tu lámpara hizo agonizar a puro nimbo
y por el corazón y sus jóvenes bestias
que pacen suspirando:

la pólvora, tu amante,
se sacude las manos: “asunto concluido”.

Ya eres el que ibas a ser, el mismo polvo
del que algo te aliviaba tu cepillo de ropa.
Cumpliré tus encargos, sigo siendo
el que eras. Ave de paso. Animal profético.

Salud, ángel de paso, irremediabilmente intacto.

Entonces ¿no hay olvido?

y no podré jamás confundirme de puerta
y a nunca equivocarme de rostro de tranvía

comenzar el destino en la otra mano
con una llave o un sombrero diferentes
sin recorrer la misma duda y a la misma hora
la misma calle con el mismo pie

no entrar de nuevo al cuarto de uno
donde uno se espera y nunca sale
esperando al teléfono llamadas de una voz
que antes se escuchaba con el vientre
noticias de ojalá
el horóscopo para ayer que no acierta tampoco
y se mira crecerle los adioses en la cara
y no hay gillette para el recuerdo
no hay jabón para lo sido lo cernido
de las ruinas de uno mismo argamasa de la edad
como un templo donde ya no sucede nada cierto
y tantas moscas rondándome
simple muñón de ti mi antes
y en la mirada también queda lo sucio de estos dolores
puesto su sucio a remojar a fondo

por lo menos con esto me distraigo
me corrijo la vida como debió haber sido
hago cuentas de cuánto debo irme
para no estar conmigo en otra parte
escondiendo analgésicas teorías
olvidando soluciones criminalmente justas
manuscritos de la tempestad al fin y al cabo
con lo demás no hay cómo son las piedras honestas
del que no fui y seguí siendo otras veces
del que quise nacerme sin mancha de pasado
y si remueven un poco me verían debajo
echando una lagrimita por aquello
atónitos con melanosis
santos retorcidos por la sabiduría
equilibristas con espasmo y catalepsia
raquíuticos hipertróficos enfisematosos
lánguidos místicos agónicos
esqueletos forrados de pergamino pardo
esqueletos envueltos con mosquitero
dos rodillas recuerdo de otra pierna dos dientes
reliquia de la vieja religión en la mejilla

Las ocupaciones nocturnas

Prólogo: Fundación de la ciudad

Y ahora en dónde sobre qué vínculo en qué

botín he de apoyar el alma
en qué piedra por favor en qué
ayer. Nadie me dijo que comenzarían
hoy los siglos de la noche. Lunes
de una ciudad sobre la desolación.

Aquí hubo una población ya desplumada
su cacique en pedazos. ¿Y el plano
de las destrucciones? ¿Y los solares
que trazó el destrozo?

Me voy a inventar una ciudad. Es preciso
fundar un nombre, apenas vísperas
de una capital, como una predicción.
(Yo podría llamarla Imaginada, Abandonada,
Nada.) Solamente un sonido que nadie oye
útil para establecer la propiedad
sobre la duración de los resucitados.
Ah no nacida. Nombrada solo. Solo
viento sin ladrido que ahuyentara
el exceso de muerte. Heme aquí
clavando el estandarte de un ruido solitario
jugando con campanarios dibujando
calles inmemoriales enviando especialistas
en provocar el eco para no sentirme
solamente solo sino muchísimo más solo.
Completando la envoltura oral de una ciudad
que fue y que después ha de habitar
el hijo de quién de quién
sepultado vivo en su armadura
que será estatua viva
de una estatua colérica y velluda.
Volcada. Porque no tuvo tiempo todavía
para las acomodaciones nuevas del amor.

Resumen de la infancia

Ante todo, es preciso ordenar la infancia
como un país disperso, hallar las fechas
de su límite: la dulce iniciación
en la desobediencia, la cerradura
que por necesidad puse a mi alcoba
o la primera mujer que se guardó la noche
entre sus telas estériles, sus párpados.

Y descubrí de pronto que nadie compartía
mis costumbres: la muerte había entrado
antiguamente al patio, a la bodega,

y yo crecía sobre un osario familiar.
No sé por qué, porque sí, por pura
gana, cambié las órdenes para la cena,
el sitio de los adornos, el precio
de las plumas; odié el muro
que cercaba la viña y el camino de orina
a los establos. Y ya no pude vivir más,
no podía establecer mi edad, mi oficio,
destruir la seguridad de cada día
o levantar los párpados hacia la luz
de afuera: un hombre pasaba sin llorar
bajo la lluvia, las aldeanas
completaban su cuerpo entre la hierba,
pero debía conservar la herencia intacta,
conocer los secretos del ganado,
calcular la distancia entre mi seca
seguridad y la aventura.

Así empecé

a soñar solamente con la llave,
con la bahía donde nadie hubiera
a despedirme, con migraciones de pájaros
azules. No era la pegajosa soledad
lo que buscaba sino una familia
diseminada en la distancia, una
hora de paz bajo los árboles, una hoja
sin odio entre mis manos.

El desenterrado

*Escapa por tu vida: no mires tras de ti.
Génesis, XIX, 17*

Si dijeras, si preguntaras de dónde
viene, quién es, en dónde vive, no podría
hablar sino de muertos, de substancias hace
tiempo descompuestas y de las que sólo
quedan los retratos; si preguntas de nuevo,
diría que transcurre el cuarto al fondo
de la casa, que conserva destruyendo labios
como látigos, rostros, restos de útiles
inútiles y de parientes transitorios
en su soltera soledad.

Pero ¿quién puede todavía
señalar el lugar del nacimiento, quién
en la encrucijada de los aposentos, halla
la puerta por donde equivocó el camino?

Detrás de su ciega cerradura, el hombre

y su mujer ajena, que la tarde devuelve
puntualmente, suelen engañarse con amantes
abandonados o difuntos, desvestirse a oscuras,
cerrar los ojos, primero las ventanas, y con la voz
y con las manos bajas, incitarse a dormir
porque hace frío. Pero un día despiertan
para siempre desnudos, descubren la edad
del triste territorio conyugal, y se toleran
por última vez, por la definitiva, perdonándose
de espaldas su muda confesión de tiempo compartido.

Y a través de caderas sucesivas, volcadas
como generaciones de campanas, el seco río
de costumbres y ceniza continúa, arrastra
flores falsas, recuerdos, lágrimas usadas
como medallas, y en cualquier hijo recomienza
su antepasado cementerio.

Y es duro apacentar
el alma, y es preciso salvarla de la tenaz
familia: apártala de tu golpeado horario
y sus descuentos, defiéndela renunciando
a las uñas que ya nada pueden defender,
ayúdame arrancando las difíciles pestañas
que al sueño estorban, las ropas, las
palabras que establecen la identidad
desenterrada.

Porque desnudo y de nuevo
sin historia vengo: saludo, grito, golpeo
con el corazón exacto la vivienda
del residente, quiero tocar sus manos
convertidas en raíz de mujer y de tierra, y otra vez
pregunto si estuve aquí desde antes,
cuándo salí para volver amando este retorno,
si he llegado ya, si he destruido
el antiguo patrimonio de miedo y abalorios
por donde dios se abrió paso a puñetazos,
si cuanto tuve y defendía ha muerto
de su propio ruido, de su propia espada,
para sobre la herencia del salvaje tiempo
y sus secretos, para sobre sus huesos
definitivamente terrestres y quebrados,
sobre la sangre noche a noche vertida
en la verdura rota, en los telares,
recién nacer o seguir resucitando.

De "Ecuador Amargo" 1949



El perseguido

¿Es posible que esto sea toda
la historia, solo un día? ¿Una noticia
de ayer, perdida en la penúltima
página, la cotización caída ?

Te cobran por la fuerza, los arriendos
vencidos de la tierra, te cobran por las cosas
que tu lámpara hizo agonizar a puro nimbo
y por el corazón y sus jóvenes bestias
que pacen suspirando:

la pólvora, tu amante,
se sacude las manos: "asunto concluido".

Ya eres el que ibas a ser, el mismo polvo
del que algo te aliviaba tu cepillo de ropa.
Cumpliré tus encargos, sigo siendo
el que eras. Ave de paso. Animal profético.

Salud, ángel de paso, irremediadamente intacto.
De "Los cuadernos de la tierra" (IV) 1952 - 1962



Entonces ¿no hay olvido?

y no podré jamás confundirme de puerta
y a nunca equivocarme de rostro de tranvía
comenzar el destino en la otra mano
con una llave o un sombrero diferentes
sin recorrer la misma duda y a la misma hora
la misma calle con el mismo pie

no entrar de nuevo al cuarto de uno
donde uno se espera y nunca sale
esperando al teléfono llamadas de una voz
que antes se escuchaba con el vientre
noticias de ojalá
el horóscopo para ayer que no acierta tampoco
y se mira crecerle los adioses en la cara
y no hay gillette para el recuerdo
no hay jabón para lo sido lo cernido
de las ruinas de uno mismo argamasa de la edad
como un templo donde ya no sucede nada cierto
y tantas moscas rondándome
simple muñón de ti mi antes
y en la mirada también queda lo sucio de estos dolores
puesto su sucio a remojar a fondo

por lo menos con esto me distraigo
me corrijo la vida como debió haber sido
hago cuentas de cuánto debo irme
para no estar conmigo en otra parte
escondiendo analgésicas teorías
olvidando soluciones criminalmente justas
manuscritos de la tempestad al fin y al cabo
con lo demás no hay cómo son las piedras honestas
del que no fui y seguí siendo otras veces
del que quise nacerme sin mancha de pasado
y si remueven un poco me verían debajo
echando una lagrimita por aquello
atónitos con melanosis
santos retorcidos por la sabiduría
equilibristas con espasmo y catalepsia
raquíuticos hipertróficos enfisematosos
lánguidos místicos agónicos
esqueletos forrados de pergamino pardo
esqueletos envueltos con mosquitero
dos rodillas recuerdo de otra pierna dos dientes
reliquia de la vieja religión en la mejilla
De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964



Fugaz retorno

La cocina estaba todavía salpicada
de harina y oraciones; la nodriza
arropaba al fantasma de la noche,
buscaba el itinerario de las naves
que trajeran de regreso a un vagabundo.

Habían enmohecido las imágenes, envejecido
el ruido. En las grandes tinajas
el eco de voces conocidas repetía
la cuenta del dinero. Se hablaba
de adulterios cercanos, de inversiones.

"Hay afuera un día de luz, de humana
paz y de manzanas. Hay canciones y avanza
una multitud que vive y crece. De ella
es el reino del futuro. El que sea digno
ahora merecerá ese día y será amado.
Yo sé qué hora es, cómo me llamo, a dónde
voy lleno de orgullo y de noticias.
Y no estaré mucho tiempo entre vosotros".

No hubo sacrificio de vino o de cordero.

La madre, entre dos lágrimas severas,
me habló por mi bien, me indicó bondadosa
el buen camino, preguntó si tenía otro sombrero.
Mas mi hermano, el que solía fabricar delgadas
flautas para acompañar el canto de los sembradores
y que aún temía la dureza de la herencia
y la mirada del búho como un sacerdote,
no pudo dormir.

"Yo quiero merecer
el amor que tú has visto. ¿Cuándo
es la felicidad?"

"Mañana".

Y corrimos, como dos fugitivos, hasta
la dura orilla donde se deshacían
las estrellas. Los pescadores nos hablaron
de victorias sucesivas en provincias cercanas.
Y nos mojó los pies una espuma del alba,
llena de raíces nuestras y de mundo.
De "Notas del hijo pródigo" 1953



Home sweet home

de qué carajo sirvió todo el amor sobre todo
si después de todo llegaron las explicaciones
esa excrecencia que le nace al destino
cuando ya se han gastado por el uso los cuerpos
entonces me voy yendo
pero nos quedamos quedándonos
animalmente atados entre nosotros dos

y vivieron felices muchos años
De "Prepoemas en postespañol" 1979



It was the lark, bichito, no nightingale*

No es fácil injertarse en ti, ísima mía.
Me doy cuenta de que fue risa y no tos
lo que te dije, y debo dispensar las cosas
que puse en tu silencio, y salir de tus bocas de
y dejarte, mitad sola, gastada por mis vellos.
Es el día consuetudinario, conozco su censura.
Se diría que el agua usada del llanto desbordara
de anteojos, baúles, bodegas, por mi culpa,
que todas las guerras que pacen amarradas

se fueran galopando a comer, solo porque
me olvidé de sufrir anoche, y fuera el centinela,
o me hubiera ido a volver, descuidando la tierra.

No es fácil ser feliz: primero, no nos dejan
y, quién sabe, será también la falta de costumbre
o tal vez haya que aprender, pero cómo, desterrado.
Metí amor en esa habitación de cejijunto,
en esta sólida soledad que debo hacer a un lado
pues no cabemos ya los dos al mismo tiempo,
mas parece que hubiera que aguantar toda la vida,
hacer cola en el mundo, esperar que los demás
pasen primero a casarse o comer o a sus negocios,
para empezar a vivir sin sentirse culpable,
conmutándome a tu lado la pena de durar.

** "It was de lark, the herald of the morn, no nightingale"
de la escena quinta del acto tercero de Romeo y Julieta,
de Shakespeare.
De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964*



La muchacha de Tokio

"I am not a professional, I work
in an office of the American Army."

Sus pies dentro del charco de su enagua.

"I am always short of money
but I do this very seldom."

Mi sombra era demasiado grande en su cama,
balsa seca de soltera en el suelo.

Me preguntó si mi país quedaba en África
mientras yo les preguntaba a mis manos por su cuerpo
desganado y anguloso al revés y al derecho.

"Don't tell anybody what happened tonight,
keep it secret it's shameful."

Pero lo cuento porque se pareció a la ternura:
animalito equivocado de honra entre semana,
asustado el sábado por la noche cuando era más honesto.
Y tampoco puedo callar lo verdaderamente
vergonzoso. Aunque fue en otro idioma
y hace tiempo.

De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964



La visita
(Capítulo de novela)
Llamo a la puerta.
-Quién es, pregunto.
-Yo, contesto.
-Adelante, digo.
Yo entro.
Me veo al que fui hace tiempo.
Me espera el que soy ahora.
No se cuál de los dos está más viejo.
De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964



Las ocupaciones nocturnas

Prólogo: Fundación de la ciudad

Y ahora en dónde sobre qué vínculo en qué
botín he de apoyar el alma
en qué piedra por favor en qué
ayer. Nadie me dijo que comenzarían
hoy los siglos de la noche. Lunes
de una ciudad sobre la desolación.

Aquí hubo una población ya desplumada
su cacique en pedazos. ¿Y el plano
de las destrucciones? ¿Y los solares
que trazó el destrozo?

Me voy a inventar una ciudad. Es preciso
fundar un nombre, apenas vísperas
de una capital, como una predicción.
(Yo podría llamarla Imaginada, Abandonada,
Nada.) Solamente un sonido que nadie oye
útil para establecer la propiedad
sobre la duración de los resucitados.
Ah no nacida. Nombrada solo. Solo
viento sin ladrido que ahuyentara
el exceso de muerte. Heme aquí
clavando el estandarte de un ruido solitario
jugando con campanarios dibujando
calles inmemoriales enviando especialistas
en provocar el eco para no sentirme
solamente solo sino muchísimo más solo.
Completando la envoltura oral de una ciudad
que fue y que después ha de habitar

el hijo de quién de quién
sepultado vivo en su armadura
que será estatua viva
de una estatua colérica y velluda.
Volcada. Porque no tuvo tiempo todavía
para las acomodaciones nuevas del amor.
De "Los cuadernos de la tierra" (IV) 1952 - 1962



Otra vez el verano

El verano pone su color tranquilo
sobre todas las cosas y las hojas;
de nuevo alborota el viento
a las muchachas, cierra
los cuadernos y junta la tarde
perezosa a las naranjas.
Arena de luz la playa, tranquilo
el mar, en paz el ave, solo el polvo
arrastra su camisa a otro lugar.
Hoy ha crecido el trigo mucho,
está la sementera en mediodía:
doble lámpara de sol y cereal.

Hoy pude ser feliz: pude tenderme
a contemplar la página del cielo,
pude oír removerse a las raíces
discutiendo con el suelo su estatura,
pude hablar con la brisa, haber
entrado al mar que me rodea
como una cintura, de qué buena
gana me habría sometido
al gobierno del ocio y sus racimos.

Pero estuve ocupado, no tengo
tiempo porque sufro; el mundo
nos preocupa; están matando todavía
al infeliz, aún le rompen
su arado al triste campesino,
aún carbonizaron en la silla
a los callados mártires sin culpa,
de qué nos sirven el tabaco
y la luna serena del estío
si nos quitaron, como siempre, el trigo.

Para qué tanto sol, tanta abundancia
torrencial, toda la vida planetaria,
si nos golpea la injusta
repartición, si la muerte

baja del cielo a los extremos
de la tierra, si la pobreza
me aleja de las flores y la fiesta,
si me obliga a estudiar
cada día mis zapatos.

Nada es nuestro todavía, aquí
todo es ajeno como en una posada
y nos roban la luz en la boca
de la mina, y la placidez de junio
con su dulce cosecha que se va
en las bodegas, y hasta la alegría
de tenderme junto a ti escuchando
la sangre, como en una guitarra,
cantar bajo mi mano en tu cadera.

Sé que a pesar de todo este día
volverá con su límpida hermosura,
su vegetal en apogeo, su hora
de sopor y de ternura. Volverá
la estación con su signo de cobre,
cuando seamos dueños de la vida
y la tierra, cuando el agua
nos traiga noticias y saludos
del hermano. Y nos veremos
el próximo verano, en mitad
de un año circundado de uvas
y de avena. Déjame, entonces,
tocarte en el día desnudo, déjame
hablarte en una ola del viento,
déjame marcar en el corazón el sitio
del encuentro en que nos hallarán
cantando, pero no me dejes recordar entonces
que aún hemos sufrido este verano.
De "Relato del extranjero" 1955



Poética a dos voces

Aves corola que deshoja sin preguntar el viento
"-... vinieron en la noche, derribaron la puerta..."
por sus propios colores perseguidas
"-... hirieron al hermano y quemaron los libros..."
con las alas mojadas en estanques de altura
"-... bajaron a registrar hasta abajo del suelo..."
flechas del paraíso clavadas a su aliento
"-... rompieron los retratos, desgarraron mis ropas..."
las lineales celosas ahogadas del aire
"-... entre caballos se llevaron al marido..."

otoños en exilio forasteras del tiempo
"-... le colgaron de los dedos quebrándole las manos..."
guareciendo su pluma en bodas de algodones
"-... le han dejado con los pies en agua helada..."
amor que se adormece en la ola del vuelo
"-... ha muerto y lo enterraron no sé en dónde..."
con burbujas de nube entre los remos
"-... hoy se llevaron ya hasta a los niños."

Yo quería añadir: Su orden de aluminio...
Pero no puedo, pero no me dejan
y no quiero y me callo.
Tal vez matarlos es ahora el poema más puro.
De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964



Pont St. Michel

los jóvenes han invadido la tierra por parejas
un pescado abrazado a otro pescado
y en todos los rincones del desierto
el doble animal el montón único
ciegos que se reconocen oliéndose la oreja
o sordos que se oyen con la lengua

en esta fría devoración quién de los dos es ella
quién pondrá entre los dos una guitarra
quién envidioso los separará con una espada
o les dará colérico noticias de la guerra
De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964



Regreso cuando llovía

Del agua, como de la sangre, y al agua
vengo, entrando a tierra por el agua:
por su ángeles turbios derramados
de costado, agua y aguacero errante,
porque lluvia también cuando volvía,
como una miel de piedra en tempestad
sobre el pequeño tambor del corazón.

En la ría, como en un espeso
machete horizontal, tanta indecisión de ida
y vuelta, tantos pedazos de la tierra:
un pañuelo de hojas solas, una involuntaria
madera, una cáscara, el cadáver
de un grillo que asesinó la lluvia:

testimonio de que la vida estaba
allí no más, al otro lado
del difícil destino, húmeda y cercana
como la boca que nos busca.

¿Quién

entonces eludió el regreso, quién
podía rechazar sus fluviales manos ciegas?
Porque si es lo fatal si las cosas
caen y se rompen, si los clavos
han de golpearse siempre la cabeza,
si la robusta soledad del ganado
camina sin cesar a su osamenta
¿quiere decir que nunca
escaparemos a la patria, quiere decir
que siempre volveré a su costa
como a la única mujer en donde he estado
transcurriendo?

Ah, en esa dura
paz, en la tinta de la baja noche,
la población buscaba vida al viento,
pescaba vida en el amarillo peinado
del océano, cazaba vida litoral, los aguadores
llevaban una cruz de vida colgando
de sus brazos, cáscaras de vida
escogía el niño en la basura. Todo
era salvación afuera, todo
entrega final: enloquecido
el pez entraba al muro
vacío de la red, el hombre
a la mujer, al mar
el alma empobrecida.

(Ya se estaban poniendo
tristes los maíces y hacia sus huesos
envejecía el campesino, andino
o lateral. Y de pronto, agua
sobre la tierra, agua de pronto
sobre la castigada y flaca duración
vacilante de los pobres, lluvia
hasta su sorda cavidad de sueño y alma.)

Yo quería dormir, quería haber llorado
con los párpados puestos en mis necesidades,
en lo olvidado, retroceder a alguien,
a ella, a mí, a nosotros
dispersos: y solamente encontré al indio,
dueño de su desesperanza y de su abismo,
gastándose sin ruido, sin arder,
como un fósforo mojado.

Porque duro como el arroz es el retorno:
ni casa ni comida ni mujer propia
ni propia solución la que yo intento;
no es llovizna de novia arrepentida,
no es un tango ni una carta
en olvido gradual: es aguacero
ecuatorial, a cántaros, territorial: es río
y mar y lluvia que para el hombre y sus vecinos
de soledad, de ruina y de destrozo, edifican
su propia cárcel que mojando lo agoniza.

Fue preciso cerrarla: gritar, abandonar
lo que me dieron y fue mío,
lo que tuvo mi pisada, mi latido o mi olor:
las ropas colgadas o caídas, mi tinta
con su alta investidura de arzobispo,
el cielo, los lugares, los cuerpos
de donde injustamente salía las mañanas
y estar aquí, de nuevo, en mi terreno
caminante y en mi terrestre invierno
que a sí mismo se destruye, destruido.
De "Ecuador Amargo" 1949



Resumen de la infancia

Ante todo, es preciso ordenar la infancia
como un país disperso, hallar las fechas
de su límite: la dulce iniciación
en la desobediencia, la cerradura
que por necesidad puse a mi alcoba
o la primera mujer que se guardó la noche
entre sus telas estériles, sus párpados.

Y descubrí de pronto que nadie compartía
mis costumbres: la muerte había entrado
antiguamente al patio, a la bodega,
y yo crecía sobre un osario familiar.
No sé por qué, porque sí, por pura
gana, cambié las órdenes para la cena,
el sitio de los adornos, el precio
de las plumas; odié el muro
que cercaba la viña y el camino de orina
a los establos. Y ya no pude vivir más,
no podía establecer mi edad, mi oficio,
destruir la seguridad de cada día
o levantar los párpados hacia la luz
de afuera: un hombre pasaba sin llorar
bajo la lluvia, las aldeanas

completaban su cuerpo entre la hierba,
pero debía conservar la herencia intacta,
conocer los secretos del ganado,
calcular la distancia entre mi seca
seguridad y la aventura.

Así empecé

a soñar solamente con la llave,
con la bahía donde nadie hubiera
a despedirme, con migraciones de pájaros
azules. No era la pegajosa soledad
lo que buscaba sino una familia
diseminada en la distancia, una
hora de paz bajo los árboles, una hoja
sin odio entre mis manos.

De "Notas del hijo pródigo" 1953



Surrealismo al aire libre

*El insólito encuentro de una máquina de coser
y un paraguas en un mesa de operaciones*

o relojes con ojos.

De modo que pensabais
que había que inventar los increíbles.
Pero, entonces, ¿no habéis estado
en mi país, en mis países, nunca supisteis
lo que pasa en su paisaje de colores
en cólera, por ejemplo una bota
con espuela y un sombrero de cura
encima de un cadáver, de un indio
por más señas, como si no bastaran
los piojos de su historia, cuentas
de avemarías? Oh loca simetría de uniformes
en la humilde dictadura del difunto,
y es tan sabido el cada día americano
que también lo morimos de memoria,
y es tan igual a la vejez el hambre
cuando empieza por adentro a desvestirnos,
y están los dientes importantes que nos muerden
la tierra, y la Virgen con gorra y con polainas.
Eso es así, es así, es así más que qué, más
Américas en las bodegas del olvido, más
eco regresando a la puerta del grito,
buscándose la culpa como una culebra.
Qué sabíais, entonces, si no estas estampas,
si no esta atroz baraja del delito,
ni cómo inventaríais nada igual a ese

muerto que murió sin decir nada, llorándose
los gusanos que le quedaban desde
cuando le dejaron un rato sin matarle.

Pero esto no es pintura ni palabra
lograda: sucede, nada más, después
de misa, después de la independencia y otras
tonadas de larga duración. Pero la sangre,
no el llanto, tiene ahora la palabra
y ha de reír mejor al último de tanto.

De "Yo me fui con tu nombre por la tierra" 1964